



LA EVOLUCION DE LA HISTORIA

(Continuacion)

CAPÍTULO SÉPTIMO

El Testimonio Tradicional

SUMARIO.—§ 46. Valor histórico de las tradiciones.—§ 47. La escuela tradicionalista.—§ 48. Valor histórico de los mitos.—§ 49. Valor histórico de la leyenda.—§ 50. Valor histórico de las leyendas canónicas.

§ 46. *Valor histórico de las tradiciones.*—Determinado el valor histórico del testimonio presencial, podemos determinar el del testimonio tradicional bajo el supuesto de que habiendo ya estudiado los vicios que lo malean en sus orígenes, tenemos hecha la mitad de la tarea.

Si la tradición, la mitología i la leyenda relataran con fidelidad los sucesos antiguos, ellas constituirían una narracion que abrazaría la vida entera del pasado. En tal

caso, para escribir la historia primitiva de los pueblos, no habria mas que entreteter los relatos orales. Empero, las observaciones que hicimos en los tres primeros capítulos de esta obra, demuestran de una manera incontrovertible que dada su naturaleza esencialmente adulterable, el testimonio tradicional rara vez trasmite a la posteridad noticias fidedignas de los acontecimientos. Toca ahora demostrar que estas formas primitivas de la historia, que no valen ni mucho ménos lo que vale la historia, apénas se pueden utilizar empleando suma cautela como simples fuentes de informacion porque adolecen de tantos vicios que en ellas la verdad vive como oculta i avergonzada detras de la mentira.

En cuanto al órden que debemos seguir para determinar la veracidad de las tres formas primitivas de la historia, lójicamente no cabe perplejidad cuando se advierte que la mitología es una derivacion corrupta de la tradicion. Verdad es que la mitología pretende conservar recuerdos mucho mas antiguos; pero si para convertirse en mito todo suceso tiene que hacer su camino a traves del tiempo en este vehículo que se llama tradicion, en buena lógica debemos postergar el estudio del valor histórico de la mitología para cuando hayamos estudiado el del testimonio propiamente tradicional.

Ahora bien, como recuerdos que estan confiados esclusivamente a la memoria, las tradiciones son despues de los primeros tiempos de su formacion relatos mui vagos, mui incoherentes, mui incompletos, i a menudo infieles i contradictorios. Preocupadas de no abrumar la memoria de los pueblos, solo recuerdan los hombres i los acontecimientos que mayor impresion han hecho en

el vulgo, eliminan los personajes secundarios i los incidentes complementarios i van abandonando a lo largo del tiempo los pormenores, los cuales constituyen como si dijéramos el tejido orgánico de la historia.

Cuando se trata de cantidades elevadas, la tradicion rara vez las da con exactitud. A causa de la resistencia que ellas oponen para dejarse grabar en la memoria, el relato oral solamente las espresa o en números redondos, que si son precisos no son exactos, o en frases hiperbólicas, que cuando son exactas no son precisas. Los que comieron hasta hartarse de cinco panes i dos peces fueron cinco mil hombres sin contar mujeres i niños (a). Cinco mil varones fueron tambien, ni uno mas ni uno ménos, los convertidos por San Pedro en una de sus primeras prédicas (b). Mas de tres mil fueron los que siguieron el ejemplo de Clodoveo (c), i los soldados de Senaquerib muertos por el ángel del señor para salvar a Jerusalem fueron justamente 185,000 (d).

En su leyenda del Cid, Risco refiere que el conde García Ordóñez juntó a sus parientes i parciales i que «todos ellos compusieron *un ejército innumerable* de soldados de caballería e infantería»; que el moro Juceph tuvo noticia del desprecio que de su persona hacia el Cid, «i ardiendo en deseos de vengarse de él, juntó *un ejército que la historia llama inmenso e innumerable*»; i que en Valencia el Cid i los suyos «hallaron *dinero sin nú-*

(a) *Evanjelio segun San Matheo*, cap. XIV, § 21.

(b) *Los Hechos de los Apóstoles*, cap. IV, § 4.

(c) GRÉGOIRE DE TOURS, *Histoire ecclésiastique des Francs*, t. I, liv. II, chap. XXXI.

(d) *Libro Cuarto de los Reyes*, cap. XIX, § 35.

mero, abundancia de oro i plata inmensa... i finalmente, tantas riquezas que el mismo Rodrigo i todos sus compañeros se enriquecieron mas de lo que puede ponderarse» (e).

De igual vaguedad se resienten las fechas tradicionales. Como lo observa Daunou, es tiempo perdido buscar en la historia tradicional datos positivos para constituir la cronología, pues las fechas que la memoria popular conserva son a lo mas aproximativas, i de ordinario erróneas e imaginarias (f).

La mayor parte de las veces el relato empieza con la frase sacramental: *habia en otro tiempo, habia antiguamente*, i prosigue sin mayores determinaciones cronológicas. A lo mas, suele fijar el orden de sucesion porque cuando ocurre un grande acontecimiento, una guerra nacional, la muerte de un personaje notable, un terremoto desastroso, etc., se relacionan con él todos los sucesos ménos importantes que acaecen en seguida, pero sin fijar la fecha de ninguno. Los cronistas españoles (observa Ocampo hablando de los simples tradicionarios) no fijan

(e) RISCO, *Historia del célebre castellano Rodrigo Diaz*, cap. X, páj. 209 i cap. XI, páj. 218, 228 i 229.

(f) DAUNOU, *Cours d'Études historiques*, t. I, liv. I, chap. V, pag. 157 et t. III, deuxième partie, pag. 13.

«Si l'on se propose d'assigner le degré d'antiquité de chaque tradition, on ne tarde pas à s'apercevoir que la fixation même approximative d'un ordre chronologique est impraticable; car toutes les traditions se régénèrent et se transforment incessamment et il n'est pas aisé de remonter jusqu'à la tradition mère ni de la reconnaître comme primitive quand elle existe sans altération... La tradition... est comme ces coquettes surannées qui cachent leur âge. L'Héritier de l'Ain, pag. XX, t. I de l'Introduction des *Traditions Allemandes* par les Frères Grimm.»

la fecha en que cierta «sequedad aconteciese porque casi todas sus historias van faltosas en declarar los tiempos antiguos de las hazañas que cuentan. . . ; lo cual es tanto menester. . . que todòs los buenos autores griegos i latinos lo llaman el ánima de la historia» (g).

Pero la tradicion se considera como una fuente viciada no tanto por las omisiones que comete al relatar los sucesos cuanto por su injénita propension a alterar la historia. Por su naturaleza, el testimonio tradicional no es mas que el mismo testimonio auricular multiplicado muchas veces i no comprobado en ninguna. En rigor puede adulterarse cada vez que se trasmite de una persona a otra; i por consiguiente, en rigor no se debe asentir a su veracidad sino cuando su fidelidad se compruebe a cada trasmision. Pues bien, si por falta de comprobacion inspira poca fe en la primera (§ 45) ¿qué razon hai para que le prestemos mayor crédito en las siguientes?

Inspirada por el deseo de captarse el amor del pueblo, la tradicion se acomoda en cada tiempo a los mudables sentimientos del vulgo, inventa anécdotas i personajes para dar al relato colorido dramático, imputa mil maldades a los hombres que odia i cuelga mil hazañas a los héroes que admira, atribuye a unos las acciones de otros, confunde los lugares i los tiempos, i en suma, sacrifica la veracidad en aras de la popularidad. «La fama

(g) OCAMPO, *Corónica General de España*, t. I, lib. II, cap. I, pág. 232.

«Le Moyen Âge (observe Joly refiriéndose principalmente a los escritores tradicionarios) n'a aucune donnée de la chronologie. C'est là le caractère des peuples enfants: tout ce qu'ils peuvent faire, c'est de distinguer entre hier et autrefois.» JOLY, *Benoit de Sainte-More et le Roman de Troie*, pag. 601 du volume XXVII de la Collection de *Mémoires de la Société des Antiquaires de Normandie*.

(observa Mariana) solamente declara la suma de las cosas sin guardar el orden i razon de ellas, i trastrueca las personas, lugares i tiempos» (h). Tales son los efectos naturales del desarrollo de las tradiciones: en todos los tiempos i en todos los países, los recuerdos orales no pueden perpetuarse i difundirse sino alterándose.

Al peligro de las alteraciones viven espuestas todas, absolutamente todas las tradiciones orales, por manera que esta fuente es la mas imperfecta de las que se puede consultar para estudiar el pasado. Al pasar de boca en boca, los relatos se van alterando en términos que cuando los testigos presenciales han desaparecido, no podemos restablecer la verdad de los sucesos si no en aquellos casos en que disponemos de otras fuentes de informacion. Con razon dijo Tucídides: «es peligroso acojer sin exámen todos los testimonios, pues los hombres se trasmiten de boca en boca las tradiciones de sus padres sin darse la pena de verificarlas» (i).

Dozy ha espuesto mui bien en el caso del rei Witiza, la manera como el sentimiento popular conspira a la alteracion de las tradiciones. Entre otros cronistas casi contemporáneos, habla de este monarca Isidoro de Beja,

(h) MARIANA, *Historia de España*, t. I, lib. I, cap. XIII, páj. 54.

RISCO, *Historia del célebre castellano Rodrigo Díaz*, páj. 87 i 145.

BOURDEAU, *L'Histoire et les Historiens*, liv. III, chap. I, § 1, páj. 181 à 184.

(i) DAUNOU dice: «Les faits qui ne sont consignés que dans la mémoire des hommes ne manquent jamais de s'altérer à mesure qu'ils se transmettent: les narrations vont s'amplifiant, se dénaturant, remplaçant ce qu'elles pouvaient originaiement avoir de vrai, par des fictions, par des détails imaginaires.» DAUNOU, *Cours d'Études historiques*, t. I, liv. I, chap. III, pag. 81 et 95.

TUCÍDIDES, *Guerre du Peloponèse*, liv. I, chap. XX.

i le pinta como un rei clemente, piadoso, justiciero. «Un cronista árabe inspirado en antiguas fuentes latinas, hoy perdidas, dice también que Witiza era el rei más piadoso i más justo de todos los de la cristiandad.» Mas, a causa de las guerras continuas, estas fuentes habían desaparecido i aun parece ser que nunca se las conoció en el norte de España. En estas circunstancias, Sebastian de Salamanea, que vivió entre los años de 866 i 910, esto es, cerca de dos siglos después de Witiza, escribió una crónica aprovechando principalmente las tradiciones orales, i en ella pintó al penúltimo rei goda como un hombre encenagado en el vicio, cruel, lujurioso, impío, etc. (j) Ahora bien, ¿se quiere conocer la causa de esta diferencia entre la historia i la tradición? La causa la indica Dozy: «Después de la conquista árabe (dice), muchos cristianos abrazaron la lei de los vencedores, unos porque a ello les movía su propio interés, otros porque creían firmemente que el islamismo era la religión verdadera, en consonancia con la célebre teoría del duelo judicial, que declara siempre la justicia a favor del partido más fuerte. «Si el catolicismo fuese la verdadera religión ¿por qué Dios (preguntaban a los sacerdotes) habría entregado nuestro país, que era cristiano, a los sectarios de un falso profeta?...» I a la verdad que en un principio estas objeciones hubieron de poner en grave aprieto a los sacerdotes... Mas, andando el tiempo,... dieron en el medio de resolver el problema, que no fué otro sino el suponer que los últimos reyes godos, así como sus obispos i sus nobles habían sido unos grandí-

(j) MORALES, *Crónica General de España*, t. VI, lib. XII, cap. XLV, páj. 360.

simos pecadores, i justo castigo del Altísimo, los infortunios que padecieron... «El haber abandonado los reyes i sacerdotes la lei divina, dice Sebastian de Salamanea, fué causa de que el ejército de los godos perciese al filo de la espada agarena... I he aquí como llegaron a resultar mónstruos de impiedad Witiza i sus compañeros.» (l).

Esta propension del vulgo a denigrar lo que odia (m) i a colmar de méritos lo que ama, vicia hasta el fondo el testimonio tradicional i es causa de que parezcan ser tan grandes i tan perfectos los héroes cuyos nombres se han conservado en los recuerdos populares. Desde Sesóstris i Ciro hasta Carlomagno i el Cid, todos aparecen desbordantes de méritos i virtudes, valientes, jenerosos i magnánimos, con una vida limpia de errores, de flaquezas i maldades. No es que valgan mas que los prohombres de nuestros dias, cuyas imperfecciones nos hacen considerarlos como mucho mas pequeños. Es que la tradicion encubre las flaquezas de sus héroes, olvida sus descarríos, escusa sus crueldades i sus concupiscencias, niega sus rapiñas, celebra sus perfidias, i a fin de

(l) Dozy, *Investigaciones acerca de la Historia i de la Literatura de España*, cap. II.

LAFUENTE, *Historia General de España*, t. II, lib. IV, cap. VIII, páj. 80.

MASDEU, *Historia crítica de España*, t. X, lib. II, núm. CXXXIX a CXXXII.

(m) «Creo firmemente (dice FEIJOO) que hasta ahora ningun príncipe que haya incurrido en el odio público dejó el rumor del público de atribuirle mas culpas que las que verdaderamente habia cometido. FEIJOO, *Reflexiones sobre la Historia*, § XXXIX, páj. 175 de sus *Obras Escogidas*.

ampararlos contra el fallo condenatorio de la posteridad, los cubre con manto de armiño.

No satisfecho con exajerar las buenas i las malas cualidades de los personajes tradicionales, el vulgo suele convertirles, para aumentar su tamaño, en protagonistas de las mas grandes cosas, por manera que en ocasiones los analistas han aprovechado estas fábulas, revestidas de la apariencia de tradiciones históricas, para fraguar la vida de tiempos poco conocidos (*n*).

Segun las tradiciones ejipticias, recojidas por los cronistas griegos, Sesóstris conquistó la Etiopía, armó en el golfo arábigo 400 bajeles, que fueron los primeros que aquella nacion tuvo, subyugó la Siria, la Mesopotamia, la Asiria, la Média, la Persia, la Bactriana, la India, una gran parte de la Escitia i del Asia Menor, i penetró hasta la Tracia. Tal es la leyenda, observa Lenormant. Entre tanto, la Etiopía formaba parte del Ejipto hacia largo tiempo, la creacion de la marina habia sido obra de monarcas mui anteriores a Ramses II, el ejército ejiptio jamas puso los piés en la India ni en la Persia ni en pais alguno situado al otro lado del Tigris, i por último, Sesóstris no agregó una sola provincia a su imperio (*n̄*).

Desde cuándo empiezan las tradiciones a perder su veracidad, es una cuestion que debe dilucidar todo investigador ántes de utilizar ningun relato tradicional. En el comun sentir de los historiadores mas escépticos,

(n) MASPERO, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient classique*, t. II, chap V, pag. 498 et 499.

(n̄) LENORMANT, *Histoire ancienne de l'Orient*, t. II, liv. I, chap. IV, § 5, pag. 248 à 250.

la tradicion pasa intacta de los padres a los hijos; merece aun crédito cuando habla por boca de los nietos; i no empieza a mentir sino en las jeneraciones posteriores. Implícitamente esto querria decir que debemos prestar al testimonio tradicional durante dos o tres jeneraciones un asenso absoluto que negamos al testimonio auricular de los contemporáneos (§ 45).

En contra de tal doctrina, se puede citar hechos de los cuales se infiere que las tradiciones empiezan a alterar la verdad de los sucesos desde el mismo momento en que empiezan a correr de boca en boca. Voltaire refiere que a principios del siglo XVIII, una dama francesa escribió en seis volúmenes la vida de un personaje de aquel tiempo, bajo el título de *Aventuras del caballero de Bouillon*, i habiendo preguntado al protagonista si era verdadero lo que de él se contaba en la obra, éste le protestó que toda ella era un fárrago de falsedades. Entre tanto, la autora no habia hecho mas que recopilar las anécdotas que corrian en los salones, i su obra pasaba en el extranjero por la historia fidedigna de la Corte (o).

(o) VOLTAIRE, *Des Mensonges imprimés*, t. V, des Oeuvres Complètes, pag. 286.

En sus *Estudios sobre los Evangelios*, publicados en 1866, Nicolas habla de los relatos orales completamente embusteros que ya entónces corrian acerca de Napoleon I: «On peut se faire une idée de l'origine de ces contes et de la faveur avec laquelle ils furent accueillis par les chrétiens des premier siècles, par ceux que nous avons vus se produire parmi nous. Nous ne vivons certes ni dans un temps ni dans un pays ouverts à la légende. Combien d'anecdotes apocryphes ne sont-elles pas nées cependant sur Napoleon 1^{er}, depuis cinquante ans? On se les raconte dans les ateliers et dans les fermes; on n'y en a jamais mis en doute la verité.» NICOLAS, *Études sur les Évangiles Apocryphes*, introd. pag. 10.

Antes de cumplirse medio siglo desde la muerte de Fausto, se publicó (en 1587) bajo el título de *Leyenda Popular*, una recopilacion de las aventuras tradicionales de aquel perillan; i aun cuando a la fecha de la publicacion todavia vivian algunos de sus contemporáneos, todos los hechos referidos en el libro son falsos, imaginarios, absurdos, a tal punto que en él no se encuentra dato alguno, pero absolutamente ninguno, que se pueda admitir sin prévia rectificacion (p).

Segun Gaston Paris, la primera historia tradicional de Carlomagno que ha llegado a nosotros es la titulada *Des gestes de Charlemagne (De Gestis Karoli magni)*. Escrita por un monje de Saint-Gall, es una recopilacion de las anécdotas que el autor habia oido en su infancia a un soldado de los ejércitos de Carlomagno i mas tarde a otras personas que decian tenerlas de sus padres. Pues bien, a pesar de que a la fecha de la composicion de aquel libro no habian trascurrido todavia 75 años desde la muerte del emperador, la historia aparece ya completamente terjiversada; se habla en ella de un gigante que llevaba siete u ocho slavos ensartados en una lanza, se mencionan numerosos milagros hechos por aquel monarca i se alteran i adulteran los sucesos en grado tal que quedan inconocibles (q).

No se detuvieron en aquel punto las escandalosas falsificaciones de la vida i de los hechos del gran monarca. Aun cuando Eginhardo, condiscipulo de sus hijos, habia escrito con suma veracidad los anales de su reinado, las

(p) FALIGAN, *La Légende de Faust*, chap. III.

(q) GASTON PARIS, *Histoire poétique de Charlemagne*, liv. I, chap. II, pag. 39 et 40.

leyendas posteriores le fraguaron una biografía tan completamente imaginaria que la historia narrativa no ha podido utilizarlas para cosa alguna. Según ellas, Carlomagno, ántes de ceñirse la corona, huyó del lado de sus padres, se refugió en la corte de Galafre, almirante de Toledo, casó con la hija de su protector i venció i mató a Braimante, rei árabe enemigo de su suegro. Mas tarde sitió durante un largo septenio a la ciudad de Arles i permaneció en España combatiendo a los sarracenos durante 27 años.

En este mismo país formó contra la morizma un ejército de 53,000 muchachas; i con solo ponerse a rezar, hizo derrumbarse las murallas inespugnables de Pamplona, hazaña que repitió mas tarde en Lucerna. Ántes o despues de esto, emprendió una cruzada a Jerusalem, trajo de allá algunas reliquias de la pasion i las donó a la abadía de Saint Denis, que para comprobacion del hecho las conserva hasta hoi piadosamente. Cinco veces se encontró a la cabeza de sus fuerzas detenido por rios profundos sin saber por dónde atravesarlos; i cinco veces, despues de haber implorado a la Providencia, se le apareció algun ciervo u otro animal a mostrarle los vados. A pesar de su sin igual valentía, estuvo en várias ocasiones prisionero de sus enemigos, i en una de ellas le salvó milagrosamente san Honorato, segun lo refiere la biografía de este piadoso varon, etc., etc. (r).

(r) GASTON PARIS, *Histoire Poétique de Charlemagne*, liv. I, chap. III, pag. 55, chap IV, pag. 258, 268 et 278, chap. VII, pag. 359, 360, 366 et 367.

THÉROULDE, *Le Roman de Roland*, chant IV, § XIII, pag. 142.

THIERRY, *Lettres sur l'Histoire de France*, V, pag. 57.

Pues bien, todos estos hechos son absolutamente imaginarios. En la historia real de Carlomagno, no hubo fuga a Toledo, ni matrimonio con la hija de Galafre, ni muerte de Braimante, ni ejércitos de amazonas, ni cruzadas a Jerusalem, ni derrumbes de murallas, ni ciervos que indicaran los pasajes de los rios; i el insigne conquistador no pudo ser salvado de la prision por san Honorato ni por otro santo alguno, porque jamas estuvo prisionero. Hablando de la *Crónica de Turpin*, que ha corrido en el público, nó como coleccion de cuentos, sino como historia verdadera (s), Grote dice con razon: si no tuviésemos otros medios de informacion i conocimiento, no podríamos saber con certidumbre si Carlomagno fué un personaje realmente histórico o puramente ficticio, i en el primer caso, si hizo o nó lo que las leyendas le atribuyen (t).

Si las tradiciones auténticas pierden a la larga su veracidad orijinaria porque la circulacion las desgasta i las altera, las tradiciones falsas no merecen jamas crédito alguno porque apesar de sus apariencias narrativas, son relatos de naturaleza etiológica mas bien que histórica,

(s) Asi lo advierte Sismondi: «L'auteur de la *Chronique de Turpin* (*dît-il*) n'avait point l'intention de briller aux yeux du public par une invention heureuse, et d'amuser les oisifs par des contes merveilleux qu'ils reconnaîtraient pour tels; il présentait aux Français tous ces faits étranges comme de l'histoire, et la lecture de légendes fabuleuses avait accoutumé à croire de plus grandes merveilles encore; aussi plusieurs de ces fables furent-elles reproduites dans les anciennes *Chroniques* de Saint Denys, dont la rédaction fut commencée par l'ordre du sage abbé Suger, ministre de Louis-le-Jeune (1137-1180).» SISMONDI, *De la Littérature du Midi*, vol. I, chap. VII, pag. 183.

(t) GROTE, *Histoire de Grèce*, t. II, Deuxième Partie, chap. III, pag. 208 et 209.

que no recuerdan sucesos reales i que se han inventado para explicar hechos permanentes.

Cuando la tradicion nos cuenta que Ophorus atravesó un torrente cargando a Cristo sobre sus espaldas, lo único que hai en ella de verdad es que existió un hombre llamado Christophorus, nombre que significa: *el que carga a Cristo*: el cuento se inventó para explicar el nombre. Cuando nos cuenta la resurreccion de René, no hace mas que sacar otro cuento de otro nombre que significa: *renato o renacido*. Nos cuenta, así mismo, que cuando la santa familia huía de Herodes, en las vecindades de Hermópolis fué saludada por un árbol: i lo que esta fábula quiere decir es que en aquel lugar habia un árbol mui antiguo que porque tenia su tronco inclinado hácia el camino, parecia saludar a los viajeros cuando soplabla la brisa. En fin, si nuestra injenuidad es tan inconmensurable que nos sentimos horrorizados del martirio de aquellas once mil vírjenes que remontaron el Rhin dirigidas por una abadesa, advirtamos que la tradicion tomó sus datos de un almanaque donde figuraban Úrsula i Undicimella, VV. i MM. i que compuso la anécdota dando á la primera aquel cargo honorífico i multiplicando a la segunda mediante la literal traduccion del nombre que significa Oncemil (*u*). ¡Tan fecunda es la inventiva popular!

(u) MAURY. *Les Légendes pieuses du Moyen Âge*, chap. III, § 1, pag. 144 et 148, et chap. IV, § 7, pag. 299 et 300.

Entre las tradiciones falsas, ninguna hai mas singular que la de san Ganelon referida por el erudito frai Benito Jerónimo Feijoo. Ganelon fué un perro que a costa de su propia vida defendió a un niño contra una serpiente en el condado de Auvernia. Cuando el padre, que andaba ausente, regresó a su hogar, depositó piadosamente los restos del

Al número de las tradiciones etiológicas pertenecen aquellas que tienen por objeto explicar los orígenes primitivos de los pueblos i que en cuanto pretenden recordar sucesos de los siglos prehistóricos son indignas de fe porque su veracidad no está garantida por monumentos o escrituras contemporáneas.

Pongamos como ejemplo las que relataban los orígenes de Roma. Durante veinte o mas siglos se ha creído que esta ciudad fué fundada por Rómulo; que Rómulo tuvo un hermano llamado Remo; que ámbos fueron hijos de Ilia o Rea; que Rea fué hija de Numitor; que Numitor fué hermano de Amulio, que Amulio ordenó que se matase a sus dos sobrinos; que espuestos los gemelos en el Tíber, una loba los amamantó; que el pastor Fáustulo los tomó a su cargo i que cuando crecieron, destronaron al tío, fundaron la ciudad i el uno mató al otro.

fiel guardián en una tumba que le construyó cerca de una fuente. De pronto, toda la provincia tuvo noticia de la heroica abnegacion del perro, pero al cabo de uno o dos siglos «solo quedaba la noticia de ser aquel sepulcro de Ganelon, sin saber quien fuese Ganelon, ni en individuo ni en especie.» En estas circunstancias, se descubrió que las aguas de la vecina fuente tenían propiedades medicinales, i no fué menester mas para que el vulgo infiriese «que el sepulcro que se decia de Ganelon lo era de un hombre santo que habia tenido este nombre i por cuyos méritos Dios habia comunicado aquella sobrenatural virtud a la vecina fuente. Fortificada esta imaginacion con el comun asenso, se levantó en el mismo lugar una capilla con la advocacion de san Ganelon, donde por mucho tiempo acudieron los pueblos vecinos con votos i ofrendas a implorar socorro a sus necesidades; hasta que un sabio i celoso obispo... halló la historia que acabamos de referir en un antiguo papel que se conservaba en el archivo del palacio.» FEIJOO, *Milagros Supuestos*, pájs. 113 i 114 de sus *Obras Escogidas*. Véase tambien el interesante opúsculo sobre las *Tradiciones Populares*, páj. 259 de las mismas *Obras*.

Pues bien, esta tradicion, recogida primero por Dioclés de Peparetha, reproducida a poco por Fabio Pictor i adoptada mas tarde por Dionisio de Halicarnaso i por Tito Livio, es una de las muchas que se formaron tardíamente para emparentar a los romanos con la raza helénica (§ 5) i si goza de mas crédito, no es porque esté mejor comprobada; es porque a los fines de la República la adoptaron los dos grandes historiadores que entre los llegados a nosotros hablan de los orijenes de Roma. Oigamos a Dionisio de Halicarnaso:

«Callias, que ha relatado las acciones de Agathocles, dice que una dama troyana llamada Roma vino a Italia con los demas troyanos, casó con Latinus, rei de los aborijenes, i tuvo dos hijos, Remo i Rómulo, que construyeron una ciudad a la cual dieron el nombre de su madre. El historiador Jenágoras pretende que Ulises tuvo de Circe tres hijos, Remo, Ancias i Ardeas, cada uno de los cuales construyó una ciudad i le dió su nombre. Dionisio de Calcidia dice tambien que fué Remo el fundador de Roma, pero agrega que Remo era hijo de Ascanio segun unos, de Emathion segun otros. Hai tambien autores que dicen que Roma fué fundada por Remo, hijo de Italo i de Electra, hija de Latino. Podria yo citar varios otros historiadores griegos que atribuyen a otros la fundacion de esta ciudad, mas para no alargarme demasiado, paso a los autores romanos.

«No hai entre ellos ningun historiador mui antiguo; sin embargo, cada uno de ellos ha tomado algo de las antiguas historias que se han conservado en las tablas sagradas. Segun unos, Rómulo i Remo, fundadores de la ciudad de Roma, fueron hijos de Eneas. Segun otros,

fueron hijos de la hija de Eneas... Otros dicen que despues de la muerte de Eneas, Ascanio heredó todo el reino i lo dividió con sus hermanos Remo i Rómulo... que Remo fundó las ciudades de Capua, de Anchises i de Eneas... i que fundó tambien la ciudad de Roma i le dió su nombre» (v).

De este injenuo relato, se infiere que la fundacion de Roma era atribuida a muchos personajes; que segun el testimonio de unos, ella se había realizado en el siglo VIII i segun el de otros, en el siglo XII o XIII ántes de J. C.; que siete u ocho Remos, tres o cuatro Rómulos i una dama troyana llamada Roma se disputaban el honor de haber dado su nombre a la ciudad; que estas contradictorias tradiciones llegaron a oídos de los cronistas desde tiempos inmemoriales i que a los fines de la República ninguno podia decir cuál de todas era más digna de crédito (y).

Lo mismo digo en jeneral de todas las tradiciones que pretenden recordar sucesos de tiempos mui antiguos: todas los relatan de várias i contradictorias maneras; todas los adornan con anécdotas inverosímiles i absurdas, todas atestiguan haberse realizado hechos que por naturaleza son imposibles; i en ninguna, absolutamente en nin-

(v) DIONISIO DE HALICARNASO, *Antiquités Romaines*, t. I, liv. I, chap. XVI, pag. 157 à 159.

PLUTARCO, *Romulus*, t. I, pag. 42 à 42.

(y) VOLTAIRE, tiene la gloria de haber sido, segun Buckle, el primer grande escritor que impugnó la verosimilitud de estas fábulas. BUCKLE, *Histoire de la Civilisation en Angleterre*, t. III, chap. XIII, pag. 178. Pero ántes de Voltaire, varios escritores de segundo orden habian manifestado desconfianza contra su veracidad. REINACH, *Manuel de Philologie classique*, t. I, liv. VII, pag. 162, note 4.

guna podemos distinguir, sino es en casos especiales con el auxilio de medios estraños, lo verdadero de lo falso.

Al número de las tradiciones falsas pertenecen igualmente muchas de aquellas que corren en un país acerca de sucesos de pueblos estraños con los cuales aquél no tiene activas comunicaciones. El estado de recíproco aislamiento impide verificarlas, i la ignorancia del vulgo, que es de capacidad esencialmente receptiva, las presta crédito i alas.

Hácia el siglo VI, se corria en las Galias que de la tumba del evanjelista San Juan, en Efeso, salia un polvo milagroso i que este polvo se renovaba a medida que los fieles lo recojian. Agregábase que el apóstol estaba vivo en el seno del sarcófago, i que vivo permanecería segun profecía de Jesus hasta la consumacion de los siglos. En el mismo siglo, corrian muchas tradiciones acerca de la pasada de los israelitas por el mar Rojo; i Gregorio de Tours, que no quiere referir mas que aquellas que juzga verdaderas por haberlas oido a sabios i viajeros, cuenta que todavía en su tiempo se veian en el fondo del mar las huellas de los carros (x).

Aun las tradiciones auténticas son poco dignas de crédito cuando salen de su tierra natal, porque no pueden correr en países estraños sino acomodándose al medio ambiente i perdiendo con estos acomodados parte de su veracidad primitiva. Gaston Paris atestigua que las tra-

(x) GRÉGOIRE DE TOURS, *Histoire ecclésiastique des Francs*, t. I, liv. I, Chap. X et chap. XXIV.

TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'histoire de l'Église*, t. III, art. 10 sur Saint Jean l'Évangéliste, pag. 944.

diciones francas relativas a Carlomagno franquearon los Pirineos i se difundieron en España, donde se amplificaron, se modificaron i se alteraron de cien maneras (z). Es éste un fenómeno jeneral: así como no pueden perpetuarse sino acomodándose a los tiempos, así tampoco pueden difundirse sino acomodándose a los lugares. A la distancia se alteran lo mismo que a la larga, i las que vienen de mui léjos son fuentes de informacion poco ménos sospechosas que las que vienen de mui antiguo.

Entre las mas importantes tradiciones falsas, se cuentan igualmente las hurtadas por uno a otro pais, o por un personaje mas antiguo a otro mas moderno.

Detenido Clodoveo con su ejército ante un rio caudaloso, elevó sus oraciones al Cielo para pedirle que de alguna manera le sacase de apuros, i al dia siguiente una corza enorme, guiada por Dios, le indicó el rumbo del vado atravesando la corriente (a a). Pues bien, la misma aventura ocurrió a Carlomagno en cuatro ocasiones diferentes: una en viaje a Italia, al pié del San Bernardo; otra, en viaje a España, a orillas del Jironda; otra, a la vuelta de una guerra contra los sajones, a orillas del Mein, i otra, a orillas del Rhin, cuando iba a combatirlos (a b).

El dios de Israel detuvo la carrera del sol durante algunas horas para que su pueblo consumara la derrota

(z) GASTON PARIS, *Histoire poétique de Charlemagne*, liv. I, chap. X, pag. 208.

(a a) GRÉGOIRE DE TOURS, *Histoire ecclésiastique des Francs*, t. I, liv. II, chap. XXXV.

(a b) GASTON PARIS, *Histoire poétique de Charlemagne*, liv. II, chap. VII, pag. 360.

de los enemigos de Gabaon (a c); i el dios de los cristianos la detuvo durante tres días para que Carlomagno se vengara de la rota de Roncesvalle (a d).

Si las murallas de Jericó se derrumbaron milagrosamente para gloria de los hebreos (a e), tambien se derrumbaron las de Angulema ante las oraciones de Clodoveo i las de Pamplona i las de Luiserna ante las oraciones de Carlomagno (a f).

Entre las tradiciones repetidas, son notables aquellas que se han fraguado para dar procedencia dinástica o divina a príncipes, héroes i conquistadores que en realidad tuvieron oscuros orijenes. Segun Heródoto, al nacer Ciro fué abandonado de orden de su abuelo i en seguida amamantado por una perra, i habiendo crecido, se apoderó de todo el reino. Segun Tito Livio, al nacer Rómulo i Remo, ámbos fueron abandonados a orillas del Tíber i en seguida amamantados por una loba, i habien-

(a c) *El Libro de Josué*, cap X, § 12 i 13.

(a d) GASTON PARIS, *Histoire poétique de Charlemagne*, liv. II, chap. VII, pag. 359 et 360.

El mismo prodijio se repitió el año de 1547 durante la batalla de Mulberg, donde el Grande Elector de Sajonia, jefe de los protestantes, fué desastrosamente derrotado por Cárlos V. Es de advertir que el Comendador de Alcántara atestiguó haber notado por sus propios ojos el prodijio. En cambio, cuando en Francia se interrogó al Duque de Alba sobre si realmente se había detenido el sol, contestó que el día de la batalla había estado tan preocupado de lo que pasaba en la tierra que no había puesto atencion en lo que pasaba en el cielo. MAIMBOURG, *Histoire du Luthéranisme*, t. II, liv. IV, pag. 55 à 57.

(a e) *El Libro de Josué*, cap. VI.

(a f) GASTON PARIS, *Histoire poétique de Charlemagne*, liv. II, chap. VII, pag. 359 et 360.

do crecido destronaron al tío i se apoderaron del reino. Exactamente por los mismos peligros pasaron dos jeme- los de Arcadia que tambien llegaron a ser reyes. Las tradiciones slavónicas refieren así mismo que los jeme- los divinos Waligora i Wyrwidale fueron alimentados por una loba i una osa, i nadie ignora que Dieterich, uno de los mas brillantes héroes de la leyenda jermánica; tuvo por ama de lechê a una loba. Se recordará tambien que Burtá Chino fué arrojado a un lago en el acto de nacer i que salvado por una loba, llegó a ser el fundador del imperio turco. En la India estuvo espuesto a los mismos percances el rei Chandragupta; i en el Brasil i en otros paises se encuentra la misma tradicion puesta en cabeza de otros príncipes (a g). Por otra parte, es mui sabido que al nacer Abidis, su abuelo Gargoris lo espuso en los montes para que las bestias feroces lo devorasen; que algunos dias despues fué encontrado rollizo i alegre junto con una fiera que le daba de mamar; que arrojado al mar, las ondas le depositaron en la playa donde una cierva lo amamantó, i que ya grande, dió que hablar, fué lleva- do a presencia de su abuelo, reconocido e instalado en el palacio. Igualmente sabido es que Telepho, rei de los ciegos, fué criado tambien por una cierva; que Arne, mujer de Ulises i fundadora de Lisboa, fué alimentada por unas aves marinas llamadas penélopes; que Semíra- mis, reina de los asirios, salvó la vida de la misma ma-

(a g) HERÓDOTO, *Los Nueve Libros de la Historia*, lib. I, cap. CVIII i siguientes.

TITO LIVIO, *Décadas de la Historia Romana*, t. I, lib. I, páj. 12.

TYLOR, *La Civilisation Primitive*, t. I, chap. VIII, pag. 322.

BRÉAL, *Mélanges de Mythologie*, pag. 60.

nera; que Pelias, debió la suya a una yegua; Paris, a una osa; i Egisto a una cabra, etc., etc. (a h).

En suma, la misma anécdota se multiplicó tanto que su repetición ocasiona en el ánimo del lector la fatiga de la monotonía. Como si a la imaginación popular se hubiese agotado la inventiva, cada pueblo no ha sabido hacer mas que apropiarse la antiquísima tradición para ennoblecer la sangre de los príncipes advenedizos.

Con igual monotonía refieren las Sagradas Escrituras el nacimiento de algunos personajes importantes. Después de una larga esterilidad, Sara recibió de boca de unos ángeles el anuncio de que daría a luz un hijo, i en efecto, algún tiempo después tuvo a Isaac. Por largo tiempo fué también estéril Rebeca, pero ante las oraciones de Isaac, Jehová se apiadó de ella i la dió los gemelos Esaú i Jacob (a i). Estéril era igualmente la mujer de Manué i había ya perdido la esperanza de concebir cuando un ángel la anunció que tendría un hijo; i en efecto, algún tiempo después nació de ella Samson (a j). De esterilidad padecía Ana, mujer de Elcana; pero habiendo implorado a Jehová, éste la dió un hijo que se llamó Samuel (a l). Con mucho pesar, Zacharias i Elisabeth habían llegado a la vejez sin haber tenido hijos, pero en una ocasión en que el marido imploraba a Jehová, se le apareció un ángel que le anunció que su mujer

(a h) OCAMPO, *Corónica General de España*, t. I, lib. I, cap. XLIX, páj. 218 a 221.

(a i) *Génesis*, cap. XVIII, § 10, cap. XXI, § 2, i cap. XXV, § 21 a 25.

(a j) *El Libro de los Jueces*, cap. XIII.

(a l) *Libro Primero de los Reyes*, cap. I.

le haria padre de Juan el Bautista. Igualmente fué por anuncio de un ánjel como supo María que sería madre del hijo de Dios (a m).

En jeneral el investigador debe dudar de la autenticidad de las tradiciones repetidas porque la mayor parte de las veces la repetición es efecto de una transferencia (§ 6) operada por obra de una imitación inconsciente (a n). Es un medio, que los pueblos emplean espontáneamente, de salvar la tradición a costa de la historia, porque a trueque de conservar la anécdota, cambian los personajes i los lugares i falsifican las fechas i suplantán los nombres.

Por último, pertenecen también al número de las tradiciones falsas las tradiciones incompatibles. Cuando vemos que siete o más ciudades se disputaban el honor de haber sido la cuna de Homero; que numerosas iglesias del Oriente i del Occidente creen tener los clavos de la pasión; que otras tantas guardan respetuosamente las reliquias del apóstol Santiago, las de Juan Bautista i los cuerpos de los siete infantes de Lara, etc., etc., la historia no puede acoger semejantes tradiciones porque ellas se contradicen recíprocamente.

Más, tengan ellas naturaleza narrativa, tengan naturaleza etiológica, el historiador en todo caso debe relatarlas porque si los hechos recordados por las tradiciones son falsos, las tradiciones mismas son hechos positivos, hechos que forman parte de las creencias populares i de la historia jeneral i llevan envuelta la razón de muchos acontecimientos. En la vida histórica de los griegos i de

(a m) *Evanjelio segun San Lucas*, cap. I, § 7 a 13, i 28 a 35.

(a n) MOELLER, *Traité des Études historiques*, pag. 11.

los romanos ejercieron no pequeña influencia las tradiciones nacionales relativas a sus orígenes, i la historia del pueblo judío casi no es en suma mas que un desarrollo de las tradiciones mosaicas. Daunou lo ha dicho: para comprender la historia positiva de cada pueblo, necesitamos conocer las historias imaginarias que en él han pasado por verdaderas (a ñ).

Por lo que toca en particular a las tradiciones verdaderas cuando relatan hechos de la jeneracion inmediatamente anterior a la contemporánea, sirven para completar la historia documental con la agregacion de incidentes que no caben en las piezas escritas, i sobre todo, con la pintura de la impresion que los sucesos han hecho en el pueblo. Aun cuando en el trascurso del primer siglo, los relatos orales alcanzan a alterarse en términos de desfigurar á veces profundamente los acaecimientos, en todo caso puede ser útil la consulta de la tradicion, por que sus alteraciones se efectúan siempre para reflejar mejor la idea que el vulgo se formó de los sucesos i la impresion que los personajes hicieron en su ánimo (a o).

Supuesto el diferente grado de veracidad que las tradiciones tienen en los varios períodos de su desarrollo, lógicamente se infiere que no se puede apreciar bien su valor histórico si de antemano no se averigua con alguna exactitud la fecha i la naturaleza de los cambios que

(a ñ) DAUNOU, *Cours d'Études historiques*, t. III, pag. 31 et t. VII, pag. 152.

GRIMM, *Traditions Allemandes*, t. I, pag. XXIV de l'Introduction.

(a o) ALTAMIRA, *Enseñanza de la Historia*, cap. V, páj. 229.

ellas han experimentado. Es éste un gravísimo escollo: la mayor parte de las veces, cuando se trata de tradiciones muy antiguas, la crítica más docta y más severa se siente impotente porque carece de datos para hacer esta averiguación si las tradiciones mismas no se los suministran.

Por fortuna para la veracidad histórica, los acomodadores y los falsificadores de leyendas, sea por ignorancia, sea por inadvertencia, van imprimiendo inconscientemente en ellas el sello del tiempo en que hacen los acomodos y las falsificaciones, de manera que el examen intrínseco de los relatos suele descubrir alusiones que sirven para fijar fechas o, por lo menos, épocas. Así, al estudiar las leyendas mosaicas (§ 21), demostré su moderna composición probando que en ellas se alude de continuo a hechos históricos que se realizaron largos siglos después de Moisés; y cuando la tradición de Nuestra Señora del Pilar refiere que la Santísima Virgen se apareció al apóstol Santiago rodeada de un coro de ángeles que cantaban los maitines, este último pormenor revela el tardío acomodo del cuento, porque los maitines solo se establecieron en 1073 por Gregorio VII, o en 1088 por Urbano II (a p)

(a p) «A mi juicio (dice Nougés y Secall) es ridículo que se diga que los ángeles no pudieron cantar maitines porque éstos se establecieron después en la Iglesia... ¿Acaso «no pudo suceder que los ángeles cantasen y diesen ejemplo de cantar lo que después cantó la Iglesia? ¿No es una opinión piadosa que las almas del Purgatorio entonan algunos salmos de David, verbigracia, el *Miserere*, tan lleno de unción y sublimidad? ¿Sería esto falso porque solo después de algunos siglos de fundado el cristianismo lo hubiese adoptado para algunos rezos?» NOUGÉS Y SECALL, *Historia de la Virgen Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza*, primera parte, cap. XVI, págs. 107 y 108.

Cuando la autenticidad de las tradiciones inspira confianza, ellas sirven irremplazablemente para preservarnos de hacer investigaciones frustráneas porque nos fijan como con el índice de la mano el rumbo que debemos seguir. En particular, la arqueología no acertaría a empezar sus exploraciones si la tradicion oral no la alumbrara el camino indicándole con mas o ménos exactitud, con mas o ménos vaguedad, los lugares donde se efectuaron los acontecimientos de otros siglos i donde se levantaron las grandes ciudades que la historia antigua menciona i que ha largo tiempo desaparecieron.

§ 47. *La escuela tradicionalista.* Por causa de los vicios que malean al testimonio tradicional, siempre hubo, desde la antigüedad adelante, historiadores a quienes él inspiró instintiva desconfianza. Las reservas con que Heródoto, Tito Livio i otros cronistas acogian las informaciones suministradas por la tradicion nos autorizan para presumir que, a su juicio, no se la debía prestar entero crédito. Empero, estas desconfianzas eran escepcionales, i nunca se extinguieron completamente las escuelas que la miraban como fuente fidedigna, porque el amor al arte, el patriotismo falso, la piedad relijiosa i la ciega credulidad siempre se aunaron para defenderla contra los ataques del pirronismo. Negar crédito al testimonio tradicional era para los romanos suprimir una parte gloriosa de sus anales; i era para los griegos poner en ridículo a sus poetas, a sus pintores, a sus escultores, arrebatándoles los motivos que habian fecundizado su inspiracion. En uno i otro pueblo, el sentimiento nacional, a cuya sujestion no pueden sustraerse jamas los

escritores, no habria tolerado un ataque dirigido directamente contra la veracidad de las tradiciones.

Sentimientos análogos de los pueblos católicos han conspirado en los siglos medios i modernos a mantener el testimonio tradicional entre las mas fidedignas fuentes de informacion.

En vano impugnaron su veracidad los luteranos del siglo XVI: como quiera que la mayor parte de los hechos fundamentales de la historia religiosa, solo estan aseverados por simples tradiciones, no se podia atacar la veracidad del testimonio tradicional sin herir en lo mas vivo las creencias mas arraigadas de la cristiandad (a q).

Uno de los cronistas mas insignes del siglo de oro de la literatura española protestaba contra esos escritores que desautorizaban las tradiciones antiguas, tradiciones que por estar "acreditadas con la memoria de padres a hijos" se las debe considerar como el mayor testimonio de la historia. "Si así se las desacredita (observaba) ¿en qué otros fundamentos podrá mantenerse el edificio de la historia?" (a r).

(a q) Léase en Fra Paolo Sarpi la interesantísima discusion que se trabó en el Concilio de Trento sobre la autoridad de la tradicion. En el curso de aquel acalorado debate, nadie sostuvo que la tradicion transmite fielmente los recuerdos de padres a hijos, i si se pronunció anatema contra aquellos que no la aceptaran como fuente fidedigna, fué solo porque se observó que repudiaria i dejar sin fundamento las Escrituras Sagradas i la autoridad de la Iglesia era todo uno. SARPI, *Histoire du Concile de Trente*, t. I, liv. II, chap. XLIII à XLVI, XLIX et LVI.

PHILIPPSON, *La Contre-Révolution religieuse au XVI^e siècle*, liv. III, chap. II, pag. 318.

(a r) SAAVEDRA FAJARDO, *Corona Gótica*, t. II, cap. IX, páj. 63 i cap. XXX, páj. 225.

"El consentimiento de las Iglesias de una nacion... autoriza mucho las leyendas (decia Morales). Principalmente cuando siendo lo que

Tal es la doctrina de la escuela tradicionalista: lo que está atestiguado por la tradición no necesita investigaciones comprobatorias, o según la palabra frecuentemente citada de un Padre de la Iglesia, *traditio est, nihil quaeras amplius (a s)*.

contienen de lo cuerdo i grave, se considera cómo por ser tal i tan bueno se ha recibido tan en jeneral, con que verdaderamente parece tradición antigua que ha venido en la Iglesia de unos en otros desde mui viejos principios. Los primeros lo recibieron por bueno, i los siguientes no lo mudaron porque les pareció tal." MORALES, *Corónica General de España*, t. IV, pag. 306.

"Siempre la tradición fué mui estimada en la Iglesia, i lo debe ser mucho mas agora, despues que el santo Concilio Tridentino tanto la autorizó." MORALES, *Corónica General de España*, t. VI, lib. XII, cap. V, páj. 43.

"Lo segundo que se ha de advertir (dice Castillo) es que esta regla de la tradición fué siempre en la Iglesia Católica tan cierta que vino a ser una de aquellas por las cuales como infalible se regulan las verdades del Evangelio; porque, ¿de dónde tuvieron certificación las verdades del Evangelio, apartando las cosas falsas que los herejes añadieron, sino de la autoridad de la tradición de la Iglesia? I si quitamos la tradición, es menester quitar el Apocalypsi, i las Epístolas de San Pablo, i las demas Canónicas, i los Actos de los Apóstoles, i finalmente la autoridad i crédito de los cuatro Evangelios." CASTILLO, *Defensa de la Venida y Predicación evangélica de Santiago en España*, cap. III, páj. 15 i cap. IV, páj. 17.

"La Iglesia Católica ha reconocido siempre la tradición como una fuente purísima de la fe i como un fundamento poderoso de la misma, i considera como tal el testimonio que nos asegura la certeza de un hecho, de un dogma, de un uso." NOUGUÉS I SECALL, *Historia de la Virgen nuestra Señora del Pilar de Zaragoza*, primera parte, cap. V, páj. 18.

(a s) "Ni vale replicar (observa Castillo) que los antiguos escritores no hayan hecho mención de esta tradición, i porque demas del argumento que se toma de autoridad negativa, que es de lo que los autores no escribieron, o no dijeron, no vale nada; a la objecion se responde, que esta es la fuerza de la tradición, que solo eila, aunque no se escri-

Mas, ya lo demostré de una manera irredargüible en las primeras pájinas de esta obra: no son las tradiciones mejor comprobadas las que se perpetúan; son aquellas que mejor responden al sentimiento popular; i el que vengan de mui antiguos tiempos no implica que esten mui bien aquilatadas i rectificadas, solo implica que han tenido mas ocasiones para alterarse i adulterarse. Las rectificaciones i comprobaciones que no se verifican a raiz de los sucesos, dificilmente se verifican despues de algunos siglos; i en la serie de padres e hijos que transmiten el recuerdo a traves de cien jeneraciones, no hai mas de un testimonio que valga, el del primer projenitor; testimonio anónimo cuya autoridad no podemos apreciar i que ha sido cien veces alterado al pasar de boca en bo-

ba, sino recibida vocalmente de los antecesores, hace que las cosas que enseña se tengan por ciertas, i sin ninguna duda hasta el dia de hoi. Ni conviene querer probar la tradicion por autoridad escrita de los antiguos; pero basta que así se haya recibido de los pasados por continua sucesion.» CASTILLO, *Defensa de la Venida y Predicacion evangélica de Santiago en España*, cap. V, páj. 24.

En la sesion celebrada por el Concilio de Trento el 8 de Abril de 1546 se leyó el decreto cuya sustancia segun Sarpi era: «que le Concile ayant pour objet de conserver la pureté de l'Évangile... comme la source de toute vérité et la règle des moeurs, et connaissant que la vérité et les règles de morale sont contenues dans les Livres écrits et les Traditions non écrites, que les Apôtres avaient reçues de la propre bouche de Jésus-Christ et qui ayant été dictées par le Saint Esprit, étaient passées de main en main à l'Église; que le Concile, dis-je, à l'exemple des Saint Pères recevait avec le même respect tous les Livres de l'Ancien et du Nouveau Testament et les Traditions qui regardent la Foi et les moeurs, comme venues de la bouche de Jésus-Christ, ou comme dictées par le Saint Esprit et conservées dans l'Église catholique... et il prononçait anathème... contre ceux qui de propos délibéré et avec connaissance méprisaient les Traditions.» SARPI, *Histoire du Concile de Trente*, t. I, liv. II, chap. LVI, pag. 280.

ca i de una a otra lengua. De aquí proviene que la leyenda, que es la tradicion escrita, se considera en todos los pueblos cultos como la antagónica de la historia.

Vencidos por la fuerza de estas objeciones, aquellos que no se resignan a renunciar al testimonio tradicional han intentado fijar reglas especiales para dar garantías al crédito contra la credulidad. A su juicio, merece fe la tradicion cuando reúne las cuatro condiciones de relatar un hecho público, de haber sido jeneralmente recibida durante largo tiempo, de no haber sido jamas negada i de haberse formado en una época en que el espíritu crítico estuviera bastante desarrollado, de manera que al empezar a correr, se haya podido denunciar su falsedad ante la posteridad. Si a estas cuatro condiciones se agrega la de que el recuerdo esté corroborado por monumentos o festividades conmemorativas, la veracidad de la tradicion se puede tener por inatacable. Tal es en particular la enseñanza de los historiógrafos católicos (a t).

Desgraciadamente estas cinco condiciones tampoco garantizan la fidelidad de los recuerdos orales. Para demostrar la inconducencia de las cuatro primeras, basta observar que a menudo las tradiciones se forman en las clases populares mas ignorantes i mas destituidas de sentido crítico; que despues de difundirse calladamente en las capas mas bajas de la sociedad, sin conocimiento de los escritores que podrian desautorizarlas, no suben a la superficie sino cuando han desaparecido los contempo-

(a t) SMEDT, *Principes de Critique historique*, chap. XI, pag. 196 et 200.

ráneos de los sucesos i cuando ellas ya han conquistado la sancion del tiempo, i que muchas veces es la misma tradicion la que al inventar un hecho histórico, le atribuye carácter público, trascendental i resonante.

Fustel de Coulanges pretende que se distingan las tradiciones de los pueblos atrasados i las de los pueblos cultos. En su sentir, las últimas no merecen crédito porque son obra que el vulgo forma libre i caprichosamente; i por el contrario, las otras lo merecen porque se forman bajo la inspeccion de la autoridad i son custodiadas por el sacerdocio contra todo intento de alteracion (a u).

Pero discurrir así es inferir consecuencias falsas de hechos verdaderos. Verdad es que en aquellos pueblos donde no se conoce la escritura se suele encomendar a los cuerpos sacerdotales la guarda de las tradiciones; pero esta precaucion, si evita que se las altere de una manera brusca, deliberada i maliciosa, no basta a impedir que se las modifique de una manera insensible i subrepticia. Es éste un punto que he demostrado ampliamente. Mediante la guarda sacerdotal, los recuerdos orales adquieren mayor vitalidad, sin dejar por eso de alterarse i de perder a la larga su veracidad. El hecho de que todas las tradiciones antiguas relaten sucesos inverosímiles, absurdos, imposibles, prueba por sí solo que ellas fueron adulteradas apesar de cuantas precauciones se tomaron para perpetuarlas en su forma orijinaria. Si para apreciar la veracidad de las tradiciones adoptásemos el criterio de Fustel de Coulanges, tendríamos que prestar crédito a todos los portentos, a todos los prodijios, a

(a u) FUSTEL DE COULANGES, *Nouvelles Recherches sur quelques problèmes d'histoire*, pág. 123.

todos los milagros, en una palabra, a todos los hechos esencialmente imaginarios que la historia tradicional de los pueblos antiguos relata. Esta sola observacion basta a probar que las tradiciones guardadas por los cuerpos sacerdotales no son mas fidedignas que las que corren libremente en boca del vulgo, i que si a menudo pueden servir de guia luminosa para practicar investigaciones, nunca pueden servir de fuente auténtica para escribir la historia narrativa.

En el comun sentir de los investigadores, estas conclusiones, mas o ménos aplicables en aquellos casos en que la tradicion aparece garantida solo por los recuerdos personales, no rijen absolutamente en aquellos casos en que la tradicion aparece tambien certificada por algun medio real de perpetuacion, verbigracia, por monumentos conmemorativos i escrituras epigráficas o numismáticas. Si independientemente de lo que la historia cuenta, la pirámide de Tiltil basta a certificar las tradiciones populares que recuerdan el odioso asesinato de Manuel Rodríguez ¿porqué se repudiaría el testimonio de monumentos análogos que certifican la veracidad de las mas antiguas? Tal es en el fondo la doctrina de la escuela tradicionalista.

En conformidad con estas enseñanzas, debemos creer que el 2 de Enero del año 40, la Virgen María fué transportada en un pilar desde Jerusalem a Zaragoza porque el recuerdo tradicional del miravolante suceso está atestigüado por un templo conmemorativo; pero tambien debemos creer que de las espumas del mar, fecundadas por Urano de una manera bien singular, nació en Citerea la diosa Vénus, porque un templo conmemorativo certi-

ficaba en los tiempos de Pausanias el recuerdo tradicional del estupendo prodigio (a v).

Si creemos, porque lo testifican algunos monumentos, que el apóstol Santiago se apareció varias veces en medio de las batallas a defender las huésteres cristianas contra la morizma, hemos de creer igualmente, porque varios monumentos lo testificaban en tiempos de Dionisio de Halicarnaso, que en el fragor de la batalla de Rejilio (año 485 ántes de J. C.) Castor i Pollux se aparecieron a sostener contra los latinos el empuje de las lecciones romanas (a y).

Las tradiciones de Amiens pretenden que ha muchos siglos el cadáver de Juan Bautista fué trasportado desde Judea a una iglesia de la ciudad francesa i en comprobacion se muestra aquí la tumba que guarda los restos del santo precursor; però es el caso que segun las tradiciones de Nemours, el cadáver está en una iglesia de Nemours, i que segun las tradiciones de Santonge, debe estar en una iglesia de Santonge, i que indudablemente está en una iglesia de Roma segun las tradiciones de Roma. La prueba es que en cada una de estas ciudades hai tumbas que guardan piadosamente los restos del santo (a x).

(a v) CREUSER, *Religions de l'Antiquité*, t. II, Seconde Partie, liv. VI, chap. V, pag. 652 et 656.

HESIODO, *La Théogoné*, pag. 128 et 129 de *Les Petits Poèmes grecs*, publiés par Falconnet.

(a y) DIONISIO DE HALICARNASO, *Antiquités Romaines*, t. IV, liv. VI, chap. II, pag. 28 à 30.

(a x) TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'histoire de l'Église*, t. I, notes XIII, XIV, et XV sur S. Jean Battiste, pag. 358 à 360.

Parecidos monumentos atestiguan igualmente que la cabeza del apóstol Santiago se encuentra a la vez en muchas iglesias. «En Tolosa

Mientras los pueblos de la cristiandad permanecieron aislados entre sí a causa de las dificultades que entorpecían las comunicaciones, cada uno prestó crédito a semejantes testimonios sin repugnancia alguna; pero tan pronto como las crónicas locales se empezaron a refundir en crónicas jenerales, resaltaron por la justaposición la incompatibilidad i la falsedad de tales tradiciones, tradiciones fraguadas para explotar la vulgar credulidad.

Pero hai mas aun: hai casos en que evidentemente las tradiciones son muy posteriores a los monumentos que parecen certificar su antigüedad. Por ejemplo: tradiciones locales recojidas por algunos cronistas españoles atribuían a Híspalis, inmediato sucesor de Hércules, la

afirman que la tienen i que la llevó allí de Galicia el emperador Carlomagno... En el martirolojio de Usuardo... se dice que la cabeza de este santo apóstol se llevó a la ciudad de Arras en Flandes. La *Historia Compostelana*... trata a la larga como en tiempo del emperador don Alonso, hijo de doña Urraca, se trujo de cerca de Jerusalem la santa cabeza del apóstol, i hubo una revelación por donde se comprobó ser ella. Púsose entónces en el monasterio de San Zoil en Carrion i de allí la sacó la reina doña Urraca con buen respecto, i despues la dió al Arzobispo de Santiago para que la llevase a juntar con su cuerpo, como se hizo con mucha solemnidad. Esto postrero parece mas autorizado, aunque en todo lo que de semejantes reliquias se trata, nunca debe espantar a nadie la diversidad que hallare en decirse en un pueblo i en otro que tienen una mesma reliquia, o todo un cuerpo de un santo. Porque en esto hai mucha parte de devoción, i ántes hemos de alabar a Dios por ella que no condenarla ni ponerla en disputa». MORALES, *Corónica General de España*, t. IV, lib. IX, cap. VII, páj. 392.

«Podría ser Dios servido que para que sus santos sean con mayor devoción reverenciados, mas de un pueblo i mas de una Iglesia tenga así persuasión de que tiene cuerpo santo por tener sus reliquias en cantidad». (MORALES, ob i lib. citados, cap. XL, páj. 595.

CASTILLO, *Defensa de la Venida y Predicación evangélica de Santiago en España*, cap. I.

construccion de un acueducto que habia en Segovia, "maravilloso así por su obra como por su altura". Como quiera que la obra se atribuia a un contemporáneo de aquel semi-dios, se podria suponer que las tradiciones, aparentemente recordatorias, contaban mas o ménos tres mil años de vida i que la misma edad tenia el monumento que parecia atestiguarlas. Entre tanto, si el acueducto fué ejecutado por los romanos como lo advierte Mariana (a z), es evidente que la tradicion se formó en nuestra Era, siglos despues de construida la obra, cuando ya se habia perdido el recuerdo de sus verdaderos ejecutores.

Otro ejemplo:

Al esponer las creencias mitológicas de los griegos, Grote refiere que como Kronos presintiese que habia de perecer víctima de uno de sus propios hijos, por esta razon conforme ellos iban naciendo, él se los iba engullendo i guardándolos en su vientre. Aflijida e indignada por la pérdida de sus cinco primeros hijos, la madre quiso salvar al sexto, Zeus; i al efecto, cuando se acercaba el día del alumbramiento, se trasladó a Creta, ocultó al recién nacido en una caverna i envió a Kronos una piedra envuelta en mantillas, piedra que él se tragó tomándola tontamente por el niño. Merced a este fraude maternal, Zeus escapó a la suerte de sus hermanos, i cuando creció i llegó a la edad adulta, pidió cuentas a su padre i le hizo vomitar los cinco hijos i la piedra que se habia tragado. La veracidad de este mito era atestigüada en los tiempos histórico por una piedra que habia

(a z) MARIANA, *Historia general de España*, t. I, lib. I, cap. IX.

cerca del templo de Delfos: era la piedra vomitada por Kronos! (b a).

De estos hechos se infiere que no siempre cuentan las tradiciones la alta antigüedad que se atribuyen a sí mismas i que los monumentos parecen atestiguar. Cuando Pausanias recopiló en los burgos i ciudades de Grecia tradiciones relativas a sucesos que se suponían ocurridos dos mil años ántes, razonablemente no debió atribuir a tales recuerdos mucho mayor antigüedad que la de los monumentos conmemorativos. La suma restante de siglos que se atribuían a su existencia era puramente conjetural i casi en absoluto imaginaria (b b).

Observacion jeneral: siempre que la veracidad de las tradiciones no está garantida mas que por monumentos cuya antigüedad no está certificada mas que por las mismas tradiciones, se forma un círculo vicioso porque para creer en la veracidad de las tradiciones, hai que creer ántes en la antigüedad de los monumentos que las garantizan, i no se puede creer en la antigüedad de los monumentos si ántes no se acepta que ella está certificada por la veracidad de las tradiciones. Por otra parte, cuando se trata de recuerdos de tiempos prehistóricos, o solo de tiempos mui antiguos, no siempre es posible averiguar si el monumento fué construido para atestiguar las tradiciones, o si las tradiciones fueron inventadas para explicar el monumento. En tales casos, la certificacion real no garantiza en lo menor la veracidad del recuerdo oral.

(ba) GROTE, *Histoire de Grèce*, t. I, première partie, chap. I, pag. 8.

(bb) DAUNOU, *Cours d'Études historiques*, t. I, liv. I, chap. III, pag. 86.

Podemos concluir entonces:

1.º Que cuando las tradiciones son de naturaleza etiológica, los monumentos que parecen atestiguarlas son mas antiguos que ellas i solo sirven para explicarlas; 2.º que cuando las tradiciones son de origen histórico, los monumentos construidos siglos despues de los sucesos sirven para atestiguar su existencia, pero nó su veracidad; i 3.º que los monumentos solo garantizan la veracidad de las tradiciones en aquellos casos, no siempre fáciles de comprobar, en que se los ha construido a raiz de los sucesos, o en vista de testimonios fidedignos que no han llegado a nuestros días.

No es esto todo, porque las mismas tradiciones certificadas por monumentos coetáneos apenas prestan servicios a la historia narrativa. Ocurre, en efecto, casi indefectiblemente que cuando un monumento i una tradicion recuerdan un mismo suceso, el relato oral es mucho mas circunstanciado que el relato epigráfico; i en casos tales, como se debe suponer, el monumento no garantiza a la tradicion sino en tanto cuanto la tradicion está concorde con el monumento. Así, de la medalla conmemorativa que hace algunos años se encontró en Béljica i que testifica la existencia de don Roldan, no se puede inferir que sean verdaderas las estupendas hazañas que la tradicion le atribuye; i cuando fuese efectivo que en Palestina se ha descubierto la tumba de Josué, este monumento no garantizaria la verdad de los descomunales prodijios que las tradiciones hebreas colgaban al conquistador de la tierra prometida. Conclusion: las tradiciones no tienen por sí solas valor histórico que se pueda aprovechar en la composicion de la historia narrativa. Ellas valen mas como hechos actuales, que como recuerdos de hechos pasados.

Análogas observaciones nos sujere el testimonio de las festividades, de las celebraciones periódicas, de los aniversarios, de los centenarios i de los jubileos.

Siempre que de alguna manera fidedigna consta que las conmemoraciones se instituyeron inmediatamente despues de ocurridos los sucesos, i que no han sido alteradas mas tarde, todos los historiadores aceptan su testimonio, sin desconfianza alguna. En este caso, se encuentran, por ejemplo, las festividades que se celebran en Chile para recordar algunos sucesos gloriosos de la Independencia. Pero ordinariamente cuando se trata de sucesos antiguos, no hai constancia alguna de que se las instituyera en tiempo oportuno para que su testimonio tenga algun valor ante la posteridad.

Por ejemplo: si la pascua de natividad se hubiera celebrado desde los tiempos de Jesus en el dia 25 de Diciembre de cada año, no habria duda acerca de la fecha de su nacimiento. Pero es el caso que hácia el siglo IV los cristianos del Oriente, esto es, los mas vecinos de su cuna, celebraban aquel suceso ora el 6 de Enero, ora el 19 o 20 de Abril, ora el 20 de Mayo, i aun cuando en Occidente prevalecia la creencia de que Jesus habia nacido el 25 de Diciembre, ello es que por primera vez se menciona la festividad instituida para conmemorar el nacimiento en un calendario del año 354, que es el mas antiguo calendario cristiano que se conoce (*b c*).

(b c) TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'histoire de l'Église*, t. I, note IV, sur Jesus-Christ, pags. 190 à 193.

De la fiesta de la Asuncion (15 de Agosto) dice Nicéforo que fué el emperador Mauricio el primero en hacerla obligatoria, si bien de antemano ya se la celebraba. En Francia no estaba jeneralmente recibida hácia el año 813. TILLEMONT, ob. cit., t. I, note XVII sur la Sainte Vierge, pag. 300 à 303.

La pascua de los judios diz que se instituyó para celebrar la escapada de Egipto ántes de que se extinguiera la jeneracion de los prófugos; i si así hubiese sucedido, la anual conmemoracion atestiguaría de manera fidedigna la efectividad del suceso. Pero es el hecho que para atribuir tan alta antigüedad a la fiesta conmemorativa, tenemos que aceptar previamente la veracidad de la tradicion que lo atestigua, i para atribuir veracidad a la tradicion, tenemos que aceptar previamente la alta antigüedad de la pascua. Entre tanto, de un pasaje del *Libro cuarto de los Reyes* se infiere que si la conmemoracion se instituyó realmente a raíz del suceso, su celebracion se suspendió durante quinientos o mas años, desde los tiempos heroicos de los jueces hasta los de Josías (*b d*).

Segun lo observó sagazmente Voltaire, cuando no consta la fecha de la institucion de las festividades, ellas prueban, nó que en realidad se hubiesen realizado los sucesos rememorados, sino que el pueblo creía al celebrarlas que ellos se habian realizado. Durante 900 años se celebró la fiesta de los lupercales el día 15 de Febrero en conmemoracion del orijen divino i el nacimiento prodijioso de Remo i de Rómulo (*b e*). ¿Debemos prestar fe al testimonio de aquella conmemoracion?

(b d) KUENEN, *Les Livres de l'Ancien Testament*, t. I, chap I, pag. 194.

Libro Segundo de los Paralipómenos, cap. XXX, § 26 i cap. XXXV, § 18 i 19.

Libro Cuarto de los Reyes, cap. XXIII, § 21 i 22.

(b e) VOLTAIRE, *Fragments sur l'histoire*, article premier, pag. 226 du t. V des *Oeuvres complètes*.

BUCKLE, *Histoire de la civilisation en Angleterre*, t. III, chap. XIII, pag. 180.

«Chez toutes les nations (dit Voltaire) l'histoire est défigurée par la

Análogamente, la predicación del apóstol Santiago en España se halla atestiguada por numerosos templos construidos en diferentes provincias i por conmemoraciones religiosas que se celebran sobre todo en Compostela. Pero no hai constancia de que estos monumentos se construyeran i de que estas conmemoraciones se instituyesen en los tiempos inmediatos a la predicación. El primer autor que certifica la tradición es Sophronio del siglo V; de la inhumación del cuerpo del apóstol en Galicia no se encuentra noticia alguna en los autores anteriores al siglo VIII, i la fiesta de la traslación parece no haber empezado ántes del siglo IX, despues que los prelados de Compostela fraguaron el hallazgo de la tumba (b f).

§ 48. *Valor histórico de los mitos.*—Determinado el valor histórico de las tradiciones, nos es relativamente fácil determinar el de los mitos.

Esta cuestión se viene ventilando desde la antigüedad. Según lo observa Goguet i lo he manifestado mas arriba (§ 15), cuando algunos filósofos demostraron a los griegos cuán absurdas eran las tradiciones mitológicas, los pensadores se dividieron en dos escuelas: unos alegorizaron las pretensas divinidades i enseñaron que la mitología no era en el fondo mas que una especie de física

fable juzqu à ce qu'enfin la philosophie vient éclairer les hommes; et lorsqu'enfin la philosophie arrive au milieu de ces ténèbres, elle trouve les esprits si aveuglés par des siècles d'erreurs qu'elle peut à peine les detromper; elle trouve de cérémonies, des faits, des monument, établis pour constater des mensonges.» VOLTAIRE, *Essai sur les meurs et l'esprit des nations*, chap. CXCVII, pag. 605.

(b f) CASTILLO, *Defensa de la venida y predicación de Santiago en España*, cap. I, páj. 2 vta. y 5, cap. V y cap. XIII.

enigmática, donde los fenómenos de la naturaleza estaban ocultos bajo el emblema de los dioses; i otros sostuvieron con evidente buena fe que los dioses de los mitos habian sido a los principios hombres que por sus méritos habian alcanzado la apoteosis (*b g*).

Estas dos escuelas han dividido a los mitólogos hasta el presente siglo: en sus estudios de la mitología clásica, Creuzer cree descubrir en cada mito un símbolo o una alegoría; i por el contrario, Banier compuso con los nombres de los dioses paganos (dice Bréal) la lista de las antiguas dinastías de los pueblos griegos (*b h*).

De estas someras observaciones, se infiere que para unos pensadores los mitos encierran verdades científicas, pero nó relatos históricos, i vice-versa, que para otros los mitos envuelven en formas de disfraz la historia entera de los tiempos mas antiguos. Ante la inconciliable discordancia de los mitólogos, los historiadores se han dividido igualmente afiliándose cuáles a una escuela, cuáles a otra (*b i*).

En mi sentir, ya lo he dicho: estas discordancias provienen principalmente de que no se reconocen diferencias de naturaleza entre mito i mito (§ 10). El que muchos mitos sean simbólicos o alegóricos no autoriza

(b g) GOGUET, *Origine des Lois, des Arts et des Sciences*, t. VI, § I, pag. 20.

MASDEU, *Historia crítica de España*, t. II, ilustracion IV del libro I.

(b h) BRÉAL, *Mélanges de Mythologie*, pag. 171.

(b i) Véase la *Disertacion sobre si la Mitología es parte de la Historia i cómo debe entrar en ella*, por don Francisco Manuel de la Huerta; disertacion que corre a la cabeza del primer tomo de *Memorias de la Real Academia de la Historia*.

FEIJOO, *La Fábula en la Historia*, páj. 509 de sus *Obras Escogidas*.

para negar a otros su carácter narrativo. No es en manera alguna razonable considerar la mitología entera como si fuese una masa homogénea atacable en todas sus partes por un solo reactivo cuando cada escuela no ha podido jamás descomponer más que una porción reducida de mitos. Para proceder con acierto, es fuerza distinguir las tres clases que formé más arriba i reconocer entre los mitos unos que simbolizan hechos o progresos sociales, otros que alegorizan fenómenos naturales i otros que por sus orígenes han de contener necesariamente un fondo histórico.

Reconocida la existencia de tres clases de mitos, debemos rechazar el evhemerismo, en cuanto pretende convertir en historia la mitología entera con solo despojar a los personajes de su carácter divino i a los sucesos de su carácter prodijioso. La mayor parte de las veces los mitos son de naturaleza esencialmente anti-histórica, i para descubrir en ellos fondo narrativo hai que violentarlos sometiéndolos a interpretaciones tan absurdas como antojadizas. Enseñar, por ejemplo, que el mito de Vénus, nacida de las espumas del mar, recuerda la llegada a Citerea de una hermosa hetaira de este nombre en un rápido bajel que encrespaba las olas, es dar hipótesis a cuenta de hechos históricos.

Si se acepta la clasificación establecida más arriba (§ 10, 11 i 12), hai que convenir en que muchos de los mitos tienen por objeto ménos que recordar sucesos particulares, simbolizar hechos sociales. Ningun historiador que merezca el nombre de tal referirá, aceptando al pié de la letra la famosa tradición mítica de los griegos, el hecho de que hubo en algun tiempo un hombre llamado

Prometeo, que este hombre arrebató a la divinidad una chispa de inteligencia para dotar a la humanidad, i que en castigo de este robo fué encadenado en una roca del Cáucaso, etc., etc. En toda esta fábula lo único que hai de verdadero es la fábula misma. Los hechos que ella refiere son imaginarios, fantásticos i a lo mas puramente simbólicos. Tal cual llegó a los tiempos históricos, esta tradicion es un simple mito inventado para simbolizar el descubrimiento del fuego. De cierto no se formó ella en el acto de descubrirse el medio de producir este elemento, pues nadie pudo dar importancia a un descubrimiento cuya inconmensurable trascendencia era imposible de prever. Pero presumiblemente se formó la tradicion original en una época en que los griegos tributaban culto de dios al sol. Hacer fuego debió parecer en esa época robar al sol una chispa de su esencia divina. La interpretacion segun la cual Prometeo robó a la divinidad una porcion de inteligencia para dotar de razon a los hombres no se concilia con el nombre ni pudo idearse sino en una época posterior en que los dioses habian sido personificados.

A observaciones análogas se presta la leyenda del sacrificio de Isaacs. Seria ridículo referir en la historia de Israel que el año 3314 de la creacion del mundo segun la traduccion de los Setenta, o el año 1939 segun el testo hebreo, o el año 2244 segun el testo de los Samaritanos, nació un varon llamado Abran, que Abran casó con una mujer llamada Sara, que de este matrimonio nació Isaacs, que Jehová exigió al padre que le sacrificara el hijo, etc., etc. Pero seria perfectamente lícito a un historiador referir que en una época remota los israelitas sacrifica-

ménos radicales, el mismo personaje aparece en los albores de la historia de numerosísimos pueblos (*b l*).

Análoga observacion se aplica a la fabulosa Semíramis, nó a la mencionada por Heródoto, que fué esposa de Bin-nirari III i vivió en el siglo IX ántes de la Era cristiana, sino a la que se suponía haber sido esposa de Nino, madre de Ninias i fundadora de Babilonia. Desde que el médico Ctesias la presentó a los griegos, el comun sentir de los historiadores no puso jamas en duda su existencia. Sin prestar asenso a todo lo que de ella se contaba, siempre se creyó que una vez despojada de las falsas vestiduras con que las tradiciones la habian exornado, quedaria subsistente una princesa varonil i emprendedora, voluptuosa i guerrera. Mas el desciframiento de las inscripciones asirias ha venido a demostrar, segun Lenormant, que Semíramis jamas existió, porque fué un personaje creado por la imaginacion popular para explicar la existencia de Babilonia (*b m*).

Cómo llegaron a tomar las apariencias engañosas de la realidad personajes que jamas existieron objetivamente es punto oscuro de la historia primitiva del espíritu humano; pero se puede proyectar alguna luz sobre él estudiando los efectos que la propaganda evanjélica ocasionó en la mitología de los pueblos bárbaros de Europa.

(*b l*) DUPUIS, *Origine de tous les Cultes ou Religion universelle*, t. I, liv. III, pag. 317. TYLOR, *La Civilisation Primitive*, chap. IX, pag. 388.

BRÉAL, *Mélanges de Mythologie et de Linguistique*, pag. 44 et suivts.

(*b m*) LENORMANT, *La Légende de Sémiramis*, pag. 3, 15 et 51.

MASPERO, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient classique*, t. II, chap VI, pag. 618.

Segun Max Müller, los héroes míticos del *Edda* i de los *Niebelungen* se transformaron depues de la conversion en héroes cristianos i se identificaron con algunos personajes históricos. Análoga observacion hace Grote: ántes de su conversion al cristianismo (dice) los escandinavos, los anglos, los daneses i demas pueblos setentrionales de Europa adoraban a Thor i a Odin; i segun las tradiciones corrientes, las familias principales descendian o bien de alguno de estos dioses, o bien de alguno de sus parientes o compañeros. Mas, la difusion de la doctrina monoteísta rebajó ámbas divinidades ora a la categoría de magos, ora a la de demonios, ora a la de progenitores históricos de las familias principales (*b n*). De esta manera, la conversion de aquellos pueblos al cristianismo despojó a sus dioses del carácter mitológico i los revistió de apariencias históricas; pero como no tenemos datos positivos acerca de los orígenes de estas divinidades, no podemos decidir si ellas se formaron por obra de la sola imaginacion o si algunos prohombres de los siglos bárbaros contribuyeron a formarlas con sus propias personas.

En suma, las dificultades punto ménos que insuperables que entorpecen la determinacion de los mitos históricos i la casi absoluta imposibilidad de comprobarlos

(*b n*) MAX MÜLLER, *Mythologie Comparée*, chap I, pag. 138 à 143.

BUCKLE, *Histoire de la Civilisation en Angleterre*, t I, chap VI, pag. 342.

GROTE, *Histoire de Grèce*, t. II, deuxième partie, chap III, pag. 198 à 201.

para averiguar hasta dónde han sido adulterados no dejan al investigador medio de utilizar en mucho grado esta fuente de informaciones.

Si es tan peligroso servirse de las tradiciones comunes ¿cuánto más no lo será prestar crédito a la veracidad de aquellas, cuales son las tradiciones mitológicas, que cuando no tienen naturaleza etiológica, se encuentran en grado tal de adulteración que no dejan distinguir lo real de lo imaginario?

En realidad, la clasificación de los mitos sirve más bien para determinar cuáles deben ser interpretados como símbolos o alegorías que para saber cuáles pueden ser incorporados en la historia a título de anécdotas verdaderas.

Tal es la doctrina que el insigne historiador de Grecia sigue en el estudio de los orígenes de los pueblos helénicos. No niega Grote, como erróneamente se ha entendido, que algunos mitos fuesen originados por sucesos reales; una i otra vez declara justamente lo contrario. Lo que niega es la posibilidad de desentrañar el fondo histórico de estas tradiciones. Analizar semejantes fábulas i sonsacar de ellas algunos datos dignos de fe le parece ser obra tan estéril cuanto peligrosa. Los recuerdos religiosos, la invención romántica i los hechos positivos (observa) deben quedar amalgamados para siempre de manera indisoluble. Si el vulgo no solo retoca, transforma i adultera aquellos relatos que originariamente se derivan de sucesos reales sino que además crea de continuo tradiciones absolutamente fantásticas, es vana empresa querer sacar la historia de la mitología, cuando si hemos aprendido a distinguir lo posible de lo imposible,

no disponemos todavía de medios investigatorios para separar en los mitos lo real de lo imaginario (*b ñ*).

En sentir de los escritores eclesiásticos, se debiera hacer una distincion capital entre los mitos de su religion i los de las religiones estrañas: los del paganismo, los del budismo, los del mahometismo, los del fetiquismo son invenciones absurdas, son fábulas ridículas de donde la historia no puede reportar el menor provecho. Los del mosaísmo son la historia auténtica de la humanidad. Mas, esta distincion no se funda en algunas diferencias que caractericen la formacion de los mitos de una u otra religion, sino en la necesidad que el prosélito siente de poner a salvo la base histórica de sus creencias.

Científicamente tienen unos mismos orígenes, son de una misma naturaleza i se clasifican de una misma manera los mitos mosaicos, los mitos homéricos i los mitos védicos. Por consiguiente, el historiador debe estudiar los unos con el mismo criterio con que estudia los otros i no atribuir a éstos mayor fondo histórico que a aquellos (*b o*).

(*b ñ*) GROTE, *Histoire de Grèce*, t. I, Première Partie, chap. XII, pag. 259 et 260 et t. II, Deuxième Partie, chap II, pag. 161.

MASDEU, *Historia crítica de España*, t. II, Ilustraciones II i III del libro I.

(*b o*) TYLOR, *Civilisation Primitive*, t. II, chap. XIX, pag. 573 et 574. «L'historien (dit Tylor) n' est pas assez familiarisé avec les principes qui président au développement du mythe, pour pouvoir appliquer systématiquement aux antiques légendes la critique nécessaire pour séparer la chronique du mythe; il en résulte qu' à peu d'exceptions près il considère tout ce qui est tradition, soit avec une crédulité outrée, soit avec un scepticisme exagéré. Ce manque de critique a surtout des resultats fâcheux quand il s'agit des traditions ou des documents qui font partie de l'histoire religieuse d'un peuple quel qu' il soit. Il n' en

Mas, si los mitos nos suministran pocos elementos para recomponer la cronología de las primeras edades, en cambio nos dan idea mui aproximada de las costumbres, hábitos, creencias i estado social de ellas. «Porque cuando un himno a los dioses de los vientos nos los presenta dirijiendo carros con fuertes cubos, bien arregladas riendas i crujentes látigos, para el lector moderno resulta claro que el pueblo ario dirijia carros semejantes a los que nos describe en sus himnos. Cuando los fuljentes dioses aparecen con cadenas de oro en el pecho por adorno, con lanzas sobre sus hombros i dagas a sus costados, estas fantasías míticas nos ofrecen un cuadro real de las vestiduras del guerrero ario» (b p).

Si esceptuamos estos débiles rayos de luz que las tra-

résulte pas seulement qu' en tournant les pages de la table de certains livres sur les tribus sauvages, on en arrive à ce titre significatif: *Religion voir Mythologie*; il en résulte que...dans la plupart des grandes religions historiques, on régarde comme histoire sacrée tout ce qui appartient à la religion ou à la secte dont on fait partie, tandis que ceux qui appartiennent à une autre religion ou à une autre secte considèrent ces récits comme de pures légendes...Le véritable historien devrait être à même d'étudier sans passion un mythe quel q' il soit et de le considérer comme un produit naturel et régulier de l'esprit humain, réagissant sur certains faits dans la mesure compatible avec l'état intellectuel du peuple qui l'a imaginé; il devrait traiter le mythe comme une excroissance q' il convient de retrancher de la véritable histoire, dès qu' il reconnaît que cette excroissance ne supporte pas l'épreuve de faits.»

(b p) «Les mythologues qui, comme Banier, composent avec les noms des dieux la liste des anciennes dynasties de la Grèce, méconnaissent la nature des mythes; mais si l'on veut se contenter de rechercher dans les fables l'image des idées et des institutions, on en tirera des indications précieuses». BRÉAL, *Mélanges de Mythologie*, pág. 171.

TYLOR, *Antropología*, cap. XV, páj. 449.

diciones mitológicas proyectan sobre el primitivo modo de ser de los pueblos, ellas carecen en absoluto de valor histórico i no merecen fe alguna para utilizarlas a la manera de los antiguos, esto es, para reconstituir cronológicamente la vida prehistórica. Aun cuando se haya censurado una i otra vez (*b q*) el esceptismo con que Grote las espone a modo de prolegómenos de su grande obra, es el hecho que ni aun aquellas que orijinariamente tuvieron fundamento histórico pueden servir de base para recomponer la historia porque hasta hoi no se ha descubierto el medio de discernir cuánta parte de verdad, cuánta de ficcion se encierra en ellas.

§ 49. *Valor histórico de la leyenda.*—Por causa de una aberracion inescusable, investigadores hai que no obstante recibir con desconfianza las informaciones de la tradicion, prestan absoluto crédito a las de la leyenda. La preocupacion del vulgo iletrado, que atribuye a la palabra escrita un grado de veracidad que de ordinario desconoce a la palabra hablada, les ha sujestionado i les ha inducido a establecer la misma diferencia entre las tradiciones orales i las escrituradas.

Esto es absurdo: fundada semejante diferencia, nó en la diversa naturaleza de las informaciones tradicionales i de las informaciones legendarias, sino en la diversa manera como la tradicion llega a conocimiento del historiador, no hai razon alguna para prestar a las unas mas crédito que a las otras. Siendo como es toda leyenda una tradicion trasladada por escrito en un momento cual-

(b q) BÉRARD, *De l'Origine des cultes arcadiens*, pag. 13.

LYALL, *Mœurs de l'Extrême Orient*, ch. 2, pags. 62 i 69.

MAX MÜLLER, *Mythologie Comparée*, I, pags. 88 i 105.

quiera de su desarrollo, la mendacidad i la veracidad de la una no pueden ser en ese momento ni mayores ni menores que las de la otra.

En su carácter de reproducción plástica, la leyenda ostenta la misma naturaleza anecdótica que distingue a la tradición, la misma falta de indicaciones cronológicas, la misma falta de certidumbre en los datos geográficos, las mismas vaguedades en los relatos, las mismas adulteraciones de sucesos. Una de las leyendas mas populares de la Edad Média, es la del caballero que para saciar sus vicios vendió su mujer al diablo. Referida de siete u ocho maneras diferentes, esta leyenda fué incorporada en la historia por varios cronistas. Entre tanto, ella ignora cómo se llamaba el caballero, cómo la mujer, dónde ocurrió el suceso, ni en cuál fecha aproximativa (*br*). Si acerca de las circunstancias del suceso se interroga a la tradición, se obtienen datos igualmente vagos, incompletos e inverosímiles. Por qué entónces prestaríamos a la leyenda redactada por cualquier compilador mas crédito que a la simple memoria del vulgo? Miéntras no conste que por causa del desarrollo evolutivo, la una fuente se ha alterado mas que la otra, lo lógico es recibir las informaciones de ámbas con igual desconfianza.

Aun mas: se sabe ya que estimulada por su innato deseo de suplir a la historia, la leyenda propende de suyo a cambiar su naturaleza anecdótica por la naturaleza narrativa; i como no puede efectuar transformacion tan profunda sino a costa de su primitiva injenuidad, suele acontecer que el grado de su veracidad baja mas rápidamente que el de las respectivas tradiciones. Es lo que en par-

(b r) FALIGAN, *La Légende de Faust*, introd., pag. XVII.

ticular se infiere del estudio de las jenealogías lejen-darias.

Por regla jeneral (observa Grote), en Grecia cada demos, cada familia, cada pueblo tenia una jenealogía cuyo tronco orijinario era un dios o un héroe. En estas jenealogías, entraban elementos históricos i elementos míticos, pero la ciencia no ha descubierto hasta nuestros días medios investigatorios que permitan fijar la línea donde terminan los unos i empiezan los otros. La jenealogía que entroncaba al rei Leonidas en la cepa de Héra-klês no estaba mejor probada que la que entroncaba al filósofo Aristóteles o al médico Hipócrates en la de As-klêpios, o al historiador Tucídides en la de Aeakos, o al moralista Sócrates en la de Daedalos. Cada una de estas *gentes* principiaba con un personaje mítico i concluía con uno histórico; en uno u otro punto, remontando la serie, los personajes históricos eran reemplazados por los fabu-losos; pero ningun griego podía decir en cuál eslabon de cada jenealogía estaba este punto, i hasta ahora nadie ha descubierto el medio de averiguarlo (*b s*).

Pues bien, aun cuando las jenealogías se fraguaban principalmente con elementos suministrados por la tra-dicion, es evidente que no habrían formado series tan largas de apariencia histórica si la leyenda no los hubiera ordenado, unido i refundido, acercando los que parecían ser afines, eliminando los que parecían ser contradicto-rios, inventando los que faltaban i dando a unas familias antepasados que tradicionalmente habian figurado en la

(b s) GROTE, *Histoire de Grèce*, t. I, Première Partie, chap. IV, pag. 96 et 97 et t. II, Deuxième Partie, chap. II, pag. 176 et chap. V, pag. 286.

ascendencia de otras. De estos acomodados mas o menos prudenciales, o mejor dicho, mas o menos arbitrarios salian jenealogías lewendarias mucho mas falsas que las puramente tradicionales i que discrepaban sobre manera entre si (b t).

El mismo reparo se aplica a las jenealogías mosaicas.

En efecto, a pesar de su carácter anecdótico, la parte lewendaria de la Biblia dispuso las tradiciones, ya que no podia ligarlas por el vínculo de la continuidad social, en un orden jenealógico que la da el semblante del orden histórico. En este punto, como en todos los demas, los mitógrafos i los tradicionarios hebreos procedieron espontáneamente de la misma manera que los de Grecia i de Roma. No habia israelita que no estuviera clasificado en alguna de las doce tribus, las cuales en respeto a la tradicion, reconocian a Jacob como tronco comun i se ligaban, mediante una serie no interrumpida, a los primeros patriarcas i a nuestro padre Adam. La leyenda bíblica, que incitada por su pretension de hacer las veces de la historia, no podia discutir la verdad de estas jenealogías, se sirvió de ellas para entroncar sus personajes en series que les ligaban directamente al primer hombre i para

(b t) "Me estenderia demasiado (dice Flavio Josefo) si quisiera señalar todos los puntos en que las jenealogías de Helánico difieren de las de Acusilao, en que Acusilao contradice a Hesiodo, i en que Ephoro acusa a Helánico de haber faltado a la verdad. La misma imputacion hace Timeo a Ephoro, otros no dejan mejor parado a Timeo, i en jeneral, todos dicen otro tanto de Heródoto: Timeo no está de acuerdo tampoco con Antiochus, ni con Philisto, ni con Callias en la historia de Sicilia, i no difieren menos entre sí aquellos que han escrito la de Aténas o la de Argos." FLAVIO JOSEFO, *Réponse à Appion*, chap. I, pag. 828 des *Ouvres Complètes*.

disponer los relatos segun el órden de sucesion de los mismos personajes. En el Antiguo Testamento, particularmente, en el *Pentateuco*, se forma un árbol genealógico casi para cada nuevo personaje que se introduce en la leyenda; la sucesion de las jeneraciones reemplaza a la sucesion de los tiempos, i por medio de estas genealogías se fija el órden, si no la fecha, de cada acontecimiento casi con tanta exactitud como se lo fija por medio de una cronología (b u).

Que estas genealogías no son mas verdaderas que aquellas que injertaban a los eupatridas i a los patricios en las cepas de los dioses olímpicos no hai para qué advértirlo (b v). Solo la ciega candidez de las almas relijiosas puede admitir la posibilidad de que sin el auxilio de la escritura se haya podido conservar en los recuerdos domésticos la nómina de los abuelos que cada familia tuvo durante dos, durante tres, durante cuatro mil años. Pero ello es que a pesar de su carácter evidentemente apócrifo, las genealogías bíblicas constituyen una

(b u) STADE, *Historia del pueblo de Israel*, páj. 11 del t. III de la *Historia Universal*, de Oncken.

RENAN, *Histoire du Peuple d'Israel*, t. II, liv. IV, chap. XIII, pag. 380 et 390.

KUENEN, *Les Livres de l'Ancien Testament*, t. I, chap. I, pag. 95.

(b v) «Si en la leyenda de los patriarcas (observa el hebreista Stade) domina ahora tan jeneral conformidad, si en todas partes Isaac es hijo de Abraham i padre de Jacob; si al último se le atribuyen constantemente doce hijos, no es porque la leyenda haya sido trasmitida así desde los tiempos mas oscuros o... porque aquí se refiera la historia real de una familia, sino porque la conformidad se ha elaborado sola i paulatinamente por medio de concordancias entre distintas formas de esposicion.» STADE, *Historia del pueblo de Israel*, páj. 21 del t. III de la *Historia Universal de Oncken*.

de las mas antiguas tentativas que se hicieron para encuadrar los acontecimientos en un sistema semi-cronológico que abrazara la historia entera de la humanidad.

El desarrollo de las primeras jeneraciones, la formacion de las razas, la multiplicacion de las lenguas, la fundacion de las ciudades, el descubrimiento de los metales, etc., son hechos imaginarios que en la leyenda semejan hechos reales, porque mediante la adopcion del sistema jenealógico, forman en ella una serie que ostenta las apariencias de las series cronológicas de la historia. No seria justo increpar a los tradicionarios hebreos porque no adelantaron mas la ciencia histórica haciendo lo que ni siquiera se intentó en los pueblos mas cultos de aquellos remotos siglos. Cuando la lei de la causalidad social era absolutamente ignorada, la leyenda no podia ordenar los acontecimientos de mejor manera que emparentando entre sí a los personajes protagonistas.

La mayor dificultad que se ofrecia para instituir las series jenealógicas a partir desde la creacion del hombre, cual era la de llenar con las pocas tradiciones hurtadas a los babilonios el tiempo inconmensurable de los siglos prehistóricos, se salvó mediante dos pueriles arbitrios: el uno, peculiar de los israelitas, consistió en acortar la vida de la humanidad para no recargar la leyenda con la multiplicacion de nombres vanos i jeneraciones ociosas; i el otro, empleado en grande por los ejiptios i los chaldeos, consistió a la inversa en alargar la vida de los personajes míticos en términos que con nombrar a diez o doce de ellos quedara hecha la historia de Israel durante dos o tres mil años.

Mucho mas embusteras que las leyendas jenealógicas son las leyendas falsas (§ 19). Fábulas de apariencia tradicional inventadas por los falsarios, no tienen ni aun el mérito de las tradiciones falsas, cual es el de reflejar el saber, las preocupaciones i los sentimientos del vulgo. La mayor parte de las veces son cuentos audazmente fraguados para explotar la incurable credulidad de los pueblos. Dificil seria citar caso mas típico que el de santa Filomena.

El 22 de Mayo de 1802, cuando por órdenes de Pio VII se practicaban escavaciones en las catacumbas llamadas de Priscila, se descubrió en la galería de Salaria un nicho donde se habian escrito con lápiz las siguientes palabras: *Lumena pax tecum Fi...* (At.), esto es, Filomena, la paz sea contigo, amen. De quién fuese Filomena, si una madre o una hija de familia, si una bailarina o una santa, de cuál fuese su verdadero nombre, de cuál su verdadero sexo, no se encontró en el nicho indicio alguno. En los antiguos calendarios i santorales, nóminas interminables de mártires, de santos, de confesores i vírjenes, tampoco aparece el nombre de esta Filomena. Las tradiciones cristianas no conservaban de ella ni el mas vago recuerdo. Tampoco la mencionaron Baronius, Tillemont, Fleury ni otro alguno de los escritores eclesiásticos que ántes del presente siglo escribieron la historia de los primeros tiempos del cristianismo, recurriendo tanto a las fuentes de informacion escrita, cuanto a las de informacion oral. Por último, seria tiempo perdido buscar alguna noticia de la llamada *Taumaturga del siglo XIX* en la monumental recopilacion hajiográfica de los bollandistas. En una palabra, para

conocer la vida, el sexo, la edad i la condicion social de la persona inhumada en el nicho no se ha dispuesto de mas dato que el de la inscripcion a lápiz: *Lumena pax tecum Fi...* (At.) Lamentando este silencio de las fuentes informatorias, unos biógrafos eclesiásticos contemporáneos observan injenuamente que «si existiesen las actas del martirio de esta dichosa vírjen, no hai duda que pudiéramos dar una verdadera noticia de sus ínclitas virtudes, de su amor al divino esposo, de su paciencia en los trabajos, de su constancia e inalterable tranquilidad en los tormentos, de su muerte, por fin, o mas bien de su glorioso triunfo... Todo esto será cierto; no lo dudamos; pero nos faltan, como hemos dicho ya, las actas auténticas que pudieran habernos trasmitido todos los pormenores de su vida» (b y).

Pues bien, de esta persona de quien no tenemos noticia alguna, de esta persona cuyo nombre aun es un problema, corren hoy innumerables i estensas biografías. Fué hija de padres paganos, de orljen griego i de sangre real, fué llamada Filomena o hija de la luz i recibió el bautismo. Vivió en los tiempos de Diocleciano (285 a 313); a los once años de edad hizo voto de castidad; i a los dieziocho inspiró tal pasion al emperador, que éste quiso compartir con ella la gloria del trono; mas la vírjen cristiana, fiel a su voto, hubo de declinar tan supremo honor. Empezó entónces una encarnizada lucha entre el amante desdeñado i la desdeñosa doncella. Como buen pagano i cumplido déspota, Diocleciano trató ménos de captarse la simpatía de Filomena que de doblegar su

(b y) *Biografía Eclesiástica completa*, t. VI, artículo *Filomena*.

voluntad; i en vez de ablandarla con obsequios, agasajos, requiebros i tiernas declaraciones, la sometió a los mas crueles i horrorosos tormentos. La encarceló, la privó de pan i agua, la hizo flajelar, azaetar, arrojar al Tíber, etc., i cada veinticuatro horas se presentaba a ella a ofrecerle de nuevo la imperial corona. Pero procedimientos tan ejecutivos no ablandaron a la impertérrita vírjen. Los tormentos se estremaron tanto que en algunas ocasiones la sangre le manó a borbotones; pero a la santa no se le daba un ardite, porque apénas su imperial amante suspendia su obra cuando venian los ánjeles, la curaban sus heridas i la dejaban tan fresca como si se hubiera bañado en agua rosada. Por fin, el 10 de Agosto, a las dos i media en punto del dia (se ignora el año) fué horrorosamente degollada. «Tal es en resúmen, i a corta diferencia (dicen los autores de la *Biografía Eclesiástica completa*), lo que se cuenta del martirio de esta santa i se sabe, segun dicen, mas estensamente por revelacion» (b x).

Hé ahí una leyenda absolutamente falsa, sin ningun fundamento histórico, fraguada en pleno siglo XIX i a la faz de los pueblos cultos e impuesta por los falsarios a la cristiandad entera.

Cuando tanta es la mendacidad de las leyendas, no puede el historiador tomarlas como fuentes fidedignas

(b x) «Vemos consignado en un libro que corre entre manos de los fieles (dicen los mismos autores) e impreso con la debida autorizacion, que desde el año 1833, tres son los sujetos que han merecido de santa Filomena algunas luces acerca de su vida i su martirio, a saber: una relijiosa de un convento observante de Nápoles, un sacerdote mui celoso, i un jóven artesano dotado tambien de mucha piedad.» *Biografía Eclesiástica completa*, t. VI, artículo *Filomena*.

de informaciones sin esponderse a dar fábulas en cuenta de historia verídica. En las obras de Heródoto, Diodoro de Sicilia, Dionisio de Halicarnaso, Tito Livio, Flavio Josefo, Eusebio, Gregorio de Tours, Ocampo, Mariana, etc., etc., se deben distinguir escrupulosamente las partes legendarias para no prestar a los relatos tradicionales, por el hecho de habérselos escriturado, el mismo crédito que se presta a los que se fundan en testimonios mas fidedignos. La *Crónica Jeneral* de don Alfonso el Sabio, compuesta en gran parte de tradiciones populares; la de 1344, fundada principalmente en la de don Alfonso, i las posteriores hasta el siglo XVII, fundadas en la de 1344, han viciado durante largo tiempo la historia de España, incorporando en ella leyendas falsas e inverosímiles. Cuando en nuestros días se ha querido escribirla con criterio mas científico, los investigadores han tenido que consagrar eruditos estudios a desvanecer tantas fábulas como lo hizo Masdeu en el segundo tomo de su obra (b z).

No obstante la inomisible mendacidad de las leyendas, el historiador que no reduzca la historia a la descarnada narracion de los acontecimientos, puede utilizarlas de dos maneras diferentes: en primer lugar, le sirven i esto irremplazablemente, para estudiar la vida de las tradiciones, pues no conocemos los orjenes, el desarrollo, la alteracion i la extincion de los recuerdos orales sino porque ellas se han encargado de anotar sus fases a traves de los períodos cíclicos.

(b z) MASDEU, *Historia Crítica de España*, t. II, lib. I.

MENENDEZ PIDAL, *La Leyenda de los Siete Infantes de Lara*, Primera Parte, cap. II, páj. 59.

En segundo lugar, las leyendas nos suministran datos importantes para estudiar el modo de ser de los pueblos, porque si no podemos tomarlas como fuentes de informacion histórica, sino en el mismo grado en que utilizamos la tradicion, nada impide tomarlas como fuentes de informacion social. No todo ha de ser relatar sucesos. Lo mas importante es acaso dar a conocer usos, costumbres, leyes, instituciones, creencias, etc. Cuando la leyenda escritura las tradiciones, las cuales son productos del espíritu popular, espontáneamente toma nota de muchas de estas cosas, i salvándolas del olvido, las hace llegar a noticia de los historiadores.

Gaston Paris observa que en la leyenda de Carlomagno compuesta por el monje de Saint Gall bajo el titulo de *De Gestis Karoli-magni*, se pueden estudiar las costumbres, el espíritu del tiempo i la influencia del emperador mucho mejor que en la verídica crónica de Eginhardo (c a).

Asímismo, refiere Homero qué despues de los grandes desastres experimentados por los griegos, Agamenon se arrepintió de haber ofendido a Aquiles i dispuso que una comision de héroes presidida por Ulises fuese a desagraviar al rencoroso hijo de Peleo i le ofreciera en desagravio cuantiosas indemnizaciones. Cuando los mediadores llegaron a la tienda de Aquiles, le encontraron con su amigo Patroclo, cantando al acorde de una lira las

(c a) GASTON PARIS, *Histoire poétique de Charlemagne*, liv. I, chap. II, pag. 41.

LANGLOIS, *Les travaux sur l'histoire de la société française*, dans la *Revue historique*, de mars-avril, 1897.

ALTAMIRA, *La Enseñanza de la Historia*, cap. V, páj. 229.

glorias de los antiguos héroes (c b). Pues bien, en todo aquel episodio no hai una palabra de verdad que utilizar para rehacer el relato del sitio de Troya; i en el actual estado de las investigaciones históricas, nadie puede decir si realmente existieron aquellos famosos personajes. Pero si el cronista, que solo se cura de relatar acaecimientos, no encuentra en el relato de la *Iliada* datos que aprovechar, los encuentra mui abundantes el historiador, que tambien se empeña en estudiar el estado social. Verosímilmente jamas existió Patroclo, ni Aquiles, ni Ulíses; pero es verdad que en los tiempos de Homero, habia en Grecia poesías que recordaban las hazañas de los héroes mas antiguos i estaba establecida la práctica de las composiciones penales como medio usual i corriente de satisfacer a la víctima del delito.

«Seria absurdo (dice un autor transcrito por Grote) citar las fábulas de la *Iliada* o de la *Odisea*, o las leyendas de Hércules, de Teseo o de Edipo como autoridades para atestiguar hechos positivos relacionados con la historia de la humanidad; pero se puede a justo título mencionarlas para dar a conocer lo que eran las concepciones i los sentimientos de la época en que se las compuso, o para caracterizar el jenio de ese pueblo con cuya imaginacion ellas se confundian i por el cual eran admiradas i repetidas con amor. De esta manera, se puede admitir la ficcion para atestiguar el jenio de las naciones aun cuando la narracion no ofrezca nada digno de crédito.»

(c d).

(c b) HOMERO, *L'Iliade*, t. III, liv. IX, pag. 21 et passim.

(c d) GROTE, *Histoire de Grèce*, t. II, Deuxième Partie, chap. II, pag. 183 et chap. VI.

TYLOR, *La Civilisation Primitive*, t. I, chap. X, pag. 482.

Si buscamos con este criterio el valor histórico de la leyenda, podemos recojer útiles informaciones aun de las mas falsas jenealogías porque apesar de todos sus errores (observa Tylor), es el hecho que ellas llevan envueltas ciertas hipótesis acerca de los orígenes de cada nacionalidad i ciertos recuerdos mas o ménos vagos acerca de las migraciones, de las invasiones i de las relaciones de los pueblos. La leyenda griega de los hermanos gemelos Danaos i Aegiptos, projenitores de los griegos i de los ejiptios, es la espresion de una hipótesis etnolójica perfectamente clara aun cuando mui poco plausible. El mito epónimo de Hellen, personificacion de los helenos, establece un lazo de parentesco entre cuatro ramas griegas, los eolios, los dorios, los aqueos i los jonios; i la creencia de los lidios, los misios i los carios en su parentesco está bien espresada por medio de la jenealogía que los hace descender de los tres hermanos Lys, Mysdoos i Car (*c e*).

Cuando acerca de unos mismos hechos históricos corren várias leyendas, se debe distinguir aquellas que han llegado a nosotros en su forma orijinaria i aquellas que se han alterado una o mas veces para acomodarse al gusto de cada época. Las primeras son espresiones mas fieles de los relatos crijinales; las segundas jamas pudieron evitar que en los acomodados sucesivos las contaminara el espíritu de los tiempos (*c f*).

(*c e*) TYLOR, *La Civilisation Primitive*, t. I, chap. X, pag. 465.

(*c f*) «La poésie populaire rajeunit constamment les anciens héros et leur donne l'aspect des grands modèles contemporains. Dans les chansons de gestes du XII siècle, Charlemagne est un chevalier qui va aux croisades. La même transformation a été opérée par l'âge moraliste: les usages, les institutions que nous révèlent les fables sont celles de l'époque où elles ont été arrangées. L'historien qui irait cher-

De aquí proviene que ordinariamente no se puede estudiar en las leyendas el estado social de aquellos siglos cuya historia ellas pretenden referir, sino el de aquellos en que realmente se formaron o se transformaron las tradiciones. Joly ha observado en comprobacion que en el *Romance de Troya*, donde figuran los caudillos i los héroes griegos i troyanos que tomaron parte en el memorable sitio de la ciudad i donde se pretende relatar sucesos ocurridos en el siglo XII ántes de J. C., se describen costumbres, sentimientos, relaciones civiles, i el arte bélica i la arquitectura del siglo XII de nuestra Era (c g).

§ 50. *Valor histórico de las leyendas canónicas.* Las observaciones que preceden, observaciones que obligan a restringir considerablemente el valor histórico de las leyendas, se aplican sin distincion a todos aquellos relatos que son simples traslados de tradiciones orales mas o ménos antiguas.

Siempre que ha mediado un intervalo mas o ménos largo entre la realizacion del hecho i la redaccion del relato, se debe suponer que los recuerdos han tenido tiempo para alterarse ántes de convertirse en leyenda, i que el grado de su veracidad ha disminuido tanto mas cuanto mas han demorado ellos en fijarse por escrito. Cuando se han estudiado las leyes que rijen la vida de

cher dans les chansons de gestes des renseignements sur Charlemagne s'exposerait aux plus singulières erreurs; mais ces poèmes deviendront des documents fidèles si l'on s'attache à y étudier la peinture de la société féodale qui les a produits." BREAL, *Mélanges* etc. pag. 171.

(c g) JOLY, *Benoit de Saint More et le Roman de Troie*, pag. 725, 729 et 733 du volume XXVII de la collection de *Mémoires de la Société des Antiquaires de Normandie*.

las tradiciones (Cap. I), el carácter irredargüible de estas nociones resalta por sí solo.

Mas, hai una escuela que querría establecer una injustificada distincion entre las leyendas laicas i las relijiosas, i entre las de un culto determinado i las de los cultos estraños. Acepta esta escuela que se sometan a la mas severa crítica las leyendas laicas i juzga irracional prestar asenso a aquellas que relatan los prodijios operados por los dioses del paganismo. Pero a la vez querría imponer por obra de autoridad el respeto a aquellas que relatan los sucesos fundamentales de la relijion cristiana (c h). Historiadores hai afiliados a dicha escuela que sin advertir su flagrante falta de lójica, parecen empeñarse en aceptar tanto mas pasivamente las leyendas relijiosas cuanto mas viva es la desconfianza que las profanas les inspiran. Por ejemplo, tal fué una de las reglas de investigacion que siguió Masdeu en su *Historia crítica de España*. Aquel erudito investigador, que conceptuaba dudosa la vida entera del Cid, que juzgaba falsas i embusteras leyendas relativas a ella escritas solo cien años despues de la muerte del héroe i que llegó aun a negar la existencia del brillante paladin, acepta sin discusion ni exámen tradiciones cristianas recopiladas a los doscientos, a los trescientos, a los seiscientos años despues de la época en que se suponen ocurridos los acaecimientos. El mismo observa que el carácter estravagante, inverosímil i monstruoso de las antiguas leyendas de Grecia "debería bastar a persuadirnos de su invencion fabulosa" (c i).

(c h) SMEDT, *Principes de Critique historique*, chap. X.

(e i) Hasta el año de 1805 en que Masdeu dió remate a su *Historia crítica de España* no se tenia mas noticias del Cid que las que la tra-

Pero tiene buen cuidado de no aplicar el mismo criterio para apreciar el valor histórico de las leyendas míticas.

Con el mismo inconsecuente criterio han procedido en general todos aquellos historiadores que movidos por sus sentimientos religiosos, han intentado resguardar contra la crítica científica la parte fabulosa de la historia sagrada.

Sin multiplicar inoficiosamente las citas comprobatorias, tal es el modo de pensar de uno de los más sabios renovadores de la ciencia de la historia. Declara Daunou que por lo tocante a las maravillas que no constituyen dogmas religiosos o que no son efectos de causas naturales, se las debe rechazar totalmente sin dejar ni una sola en la historia. Ninguna autoridad de testimonios puramente humanos (dice) puede dar verosimilitud a hechos que signifiquen una suspensión real de las leyes constantes de la naturaleza. Sin embargo, el mismo Daunou, que en términos tan precisos fija una de las condiciones de la veracidad histórica, advierte en seguida que sus observaciones no se aplican a las leyendas que constituyen la historia santa i que sirven de fundamento a la fe i al dogma. (c j).

dición contaba en el siglo XIII i que varios cronistas de aquella época recojieron e incorporaron en la historia de Castilla i ellas eran tan vagas, inciertas i contradictorias que aquel erudito investigador pudo declarar en verdad que a sus tiempos no había llegado ni una sola que fuese segura o fundada o que mereciera lugar en los Anales. En suma, concluía «de Rodrigo Díaz el campeador, nada absolutamente sabemos con probabilidad ni aun su mismo ser o existencia.» MASDEU, *Historia crítica de España*, t. II, Illustration II del lib. I, páj. 176, i t. XX, páj. 370.

(c j) DAUNOU, *Cours d'Études historiques*, t. I, liv. I, chap. I, pag.

Como lo observa Strauss, si el objeto de la historia es no solo el de relatar los sucesos del pasado sino tambien el de manifestar cómo se han derivado los unos de los otros, ella no podria dar cabida en sus narraciones a los milagros, hechos que interrumpen el encadenamiento de las causas i de los efectos, sino renunciando a la parte propiamente científica de su tarea. En otros términos, la existencia histórica del milagro seria la negacion de la ciencia de la historia (c l).

Las razones que Daunou aduce para eliminar de la historia los prodijios relatados por los jentiles se aplican sin modificacion alguna a los milagros relatados por los escritores de todas las relijiones. Cuando aquel historiógrafo rechaza los prodijios i acepta los milagros, procede así, nó porque éstos esten mejor comprobados o sean intrínsecamente mas posibles que aquéllos, sino porque intenta monopolizar en manos del catolicismo la prerrogativa de trastornar las leyes naturales, temeroso de que si se le priva de ella, se le niegue como a las relijiones paganas el orijen sobrenatural. Pero esto es hacer

9, 47, 50 et 51, et cap. XI, pag. 304 et t. VII, troisième partie, neuvième leçon, pag. 318.

SMEDT, *Principes de la Critique historique*, chap. II, pag. 35.

(c l) «Tout fait dont les causes externes et internes ne peuvent se ramener aux lois de l'histoire doit être, pour l'historien, nul et non avenue; la puissance, la sagesse et la bonté de Dieu se manifestent, non par la suspension de l'ordre naturel, mais par cet ordre même, par sa continuité et sa légitimité; en outre, la subversion même la plus inexplicable de l'ordre naturel ne pourrait ni confirmer ni infirmer une vérité d'ordre spirituel; la guérison même la plus extraordinaire ne pourrait jamais établir la validité d'un dogme: voilà les règles posées et appliquées par Paulus.» STRAUSS, *Nouvelle vie de Jésus*, t. I, § IV, pag. 13 et § 24, pag. 193.

obra de prosélito i de creyente, no de historiador i de sabio.

Antes de nuestra Era, no se hacia distincion alguna entre las leyendas. Se prestaba a las apócrifas el mismo crédito que a las canónicas. Como quiera que no se dudaba de los relatos orales, no habia razon para dudar de los relatos escritos. Verdadera historia eran las tradiciones; verdadera historia, las leyendas; los personajes míticos de Homero se consideraban en jeneral tan reales como los personajes míticos del Pentateuco; tan reales parecian ser las jenealogías de las familias helénicas como las de las familias hebreas. La canonizacion de las leyendas bíblicas no habria tenido mas objeto que impedir su adulteracion i fijar el testo definitivo de la lei.

Mas, cuando la crítica científica empezó a pulverizar las leyendas profanas, se juzgó sobre manera peligroso dejar las relijiosas espuestas a los mismos ataques, i se trató de sustraerlas al peligro de las indagaciones comprobatorias.

Sin embargo, mui pronto comprendió la Iglesia cristiana que de entre las leyendas relijiosas se podian impugnar aquellas que relataban la historia de las divinidades paganas, sin que por esto se debilitaran los fundamentos del cristianismo. Aun cuando la fuente orijinaria de las unas es la misma que la de las otras, a saber, el testimonio tradicional, los cuerpos sacerdotales autorizaron la duda contra las primeras bajo la implícita condicion de que se respetase escrupulosamente a las segundas. Miéntras se respetaran las leyendas mosaicas, las cristianas i las hagiográficas, parecia ser, en efecto, que mediante la negacion de las demas, solo el cristianismo quedaba descansando

sobre una base de sucesos sobrenaturales. San Pablo (dice Tillemont) aconsejaba examinarlo todo para no aprobar sino lo que fuese bueno, pero cuatro siglos mas tarde, al dar el mismo consejo, San Agustin prevenia que del exámen se debian exceptuar las Escrituras canónicas (c m).

Por otra parte, la Iglesia no podia exigir que se prestara a las escrituras paganas, que para ella eran profanas, el crédito que se prestaba a las escrituras bíblicas i evangélicas, que eran sagradas, por la sencilla razon de que las obras de Homero i Hesíodo en Grecia, de Manethon en Egipto, de Sanchoniátôn en Fenicia, etc. no estaban amparadas con el privilejio de la canonizacion que amparaba a las de Moises, de los profetas i de los evangelistas.

A fin, pues, de poner a salvo el privilejio de la canonizacion, la Iglesia dividió la vida de la humanidad, sin medir las consecuencias trascendentales de la division, en dos ramas: la de la historia sagrada i la de la historia profana, e incorporó en la primera, a título de adquisiciones definitivas, todas aquellas leyendas que sirven para explicar los orijenes del culto, del dogma i de la moral del catolicismo. Fué Eusebio de Cesárea (270-340) el primero que escribió una *Historia Eclesiástica* sobre la base de las leyendas canónicas; i desde entonces todos los historiadores cristianos, sin distincion de sectas, se han creído tan autorizados para repudiar las de la historia profana como obligados a respetar las de la

(c m) TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'histoire de l'Église*, t. I, pag. XX.

VOLTAIRE, *Pyrrhonisme de l'histoire*, chap. IV, pag. 72 du t. V des *Oeuvres complètes*.

historia sagrada (c n). En conformidad con esta doctrina, podemos discutir libremente la autenticidad, la edad i la veracidad de todas aquellas leyendas cuyo estudio no nos interesa mas que bajo el punto de vista científico, pero no nos es lícito emplear el mismo espíritu crítico para averiguar el valor histórico de aquellas cuya edad, cuya autenticidad i cuya veracidad nos interesan además bajo el punto de vista moral.

Esto es absurdo: si hai leyendas que no se pueda admitir sin una crítica prévia, esas son cabalmente las relijiosas, no solo porque relatan sucesos contrarios al órden regular de la naturaleza sino tambien porque encerrando la norma de la conducta humana, siempre estuvieron mas espuestas que las otras a falsificaciones, enmendaturas e interpolaciones de parte de los cuerpos sacerdotales miéntras ellos conservaron el monopolio de la instruccion i de la escritura.

Pretender imponerlas como verdaderas, no en mérito de estudios comprobatorios, sino por mandato dogmático de la autoridad eclesiástica es una insolente tentativa de coartar la libertad de las investigaciones históricas. Las iglesias pueden fijar las doctrinas que sus fieles deben creer; en este punto ejercen una jurisdiccion soberana; pero no pueden hacer que la historia distinga las leyendas relijiosas i las profanas para el efecto de

(c n) LENGLET DU FRESNOY, *Supplément de la Méthode pour étudier l'Histoire*, II discours, pag. 9.

En respeto a esta doctrina, treinta i ocho sacerdotes anglicanos declararon solemnemente en 1891 ser inadmisibile i condenable toda crítica literaria que impugne la veracidad histórica de las Sagradas Escrituras. HUXLEY, *Science et Religion*, pag. 20 et 24,

MONOD, *Sources de l'Histoire mérovingienne*, pag. 7.

creer en las unas i desconfiar de las otras o para el de atribuir a éstas un grado de veracidad que no reconoce a esas.

Inventada para preservar de la crítica los fundamentos históricos de las creencias religiosas, esta distincion es tan injustificada como la que se querria establecer entre la mitología mosaica i las mitologías paganas. Segun lo he demostrado por estenso (§ 21 a § 23), las leyendas religiosas se han formado de la misma manera que las laicas i de la misma manera que las apócrifas, las canónicas. Tan impugnabile es la veracidad de las unas como la de las otras. No hai mas razon para prestar crédito a las leyendas de Josué i de Sanson que a las de Hércules o a las de don Roldan. Que el decálogo fué escrito por Moises bajo el dictado de Jehová es un hecho tan verosímil como el de que la ninfa Ejeria inspiraba a Numa, o como el de que una paloma hablaba al oido de Mahoma. Por último, la historia no atestigua hecho alguno del cual se pueda inferir razonablemente que las tradiciones i las leyendas religiosas estan ménos espuestas que las profanas al peligro de las alteraciones i aduleteraciones.

Verdad es que la consagracion de las leyendas está dirigida al propósito de sustraerlas de ese peligro; pero tambien es verdad que jamas se ha conseguido en absoluto mantener la inviolabilidad de su testo i mucho ménos, el de su espíritu (c ñ). Los orientalistas atestiguan una i otra vez que los sacerdotes de la India i de

(c ñ) SARPI, *Histoire du Concile de Trente*, t. I, liv. I, § LII, pag. 273 et 275.

KUENEN, *Les Livres de l'Ancien Testament*, t. I, chap. I, pag. 293.

los países mahometanos se prevalen de estar escritos sin vocales los textos de las escrituras sagradas para hacer en ellas subrepticamente modificaciones sustanciales.

A peligros parecidos estuvieron siempre espuestos el Antiguo i el Nuevo Testamento. San Jerónimo atestigua que en su tiempo, esto es, ocho siglos despues de la consagracion de las leyendas bíblicas, se notaban enormes diferencias entre el orijinal hebreo i la traduccion griega de los Setenta, i entre ejemplar i ejemplar de cada idioma. Muchos de los textos citados en los Evangelios para probar que la vida entera de Jesus habia sido predicha por los profetas o habian sido alterados *ad hoc* (§ 22) o faltaban absolutamente en la traduccion griega apesar de cuantas precauciones se habian adoptado para garantizar juntamente su autenticidad i su integridad (*co*). Por último, cuando el Concilio de Trento discutia (en 1546) la autenticidad de las traducciones sagradas, algunos teólogos observaron que de cada una de ellas corrian textos mui diversos igualmente acreditados (*cp*).

Antes de la invencion de la imprenta era éste un hecho jeneral: ninguna copia manuscrita era rigurosamente exacta, i sobre todo, ninguna traduccion era absolutamente fiel. Sin que fuese posible evitarlo, cada i cuando habia que verter leyendas sagradas de una lengua en otra, los traductores las alteraban mas o ménos profundamente interpretándolas segun su leal saber i entender. Son conocidas las ultrajantes imputaciones de falsedad diriji-

(c o) SAN JERÓNIMO, *Oeuvres*, pag. 134 et 476.

(c p) SARPI, *Histoire du Concile de Trente*, t. I, liv. I, § LVII, pag. 285.

das por los católicos a Lutero, i por los protestantes al padre Scio de San Miguel; i san Jerónimo hizo la traducción de la Vulgata enmendando la de los Setenta en atención no solo al texto hebreo sino también a la necesidad de concordar las profecías con la vida de Jesús (c q).

En realidad, con la canonización de las leyendas se ha garantizado muy imperfectamente la fidelidad de su transmisión; i en cambio, dándose fábulas por historias, se ha retardado hasta el presente siglo el acometimiento de investigaciones dirigidas a descubrir los verdaderos orígenes de la humanidad i de las razas. Bajo la sujeción de las leyendas jenesicas, no se ha podido ni siquiera concebir la idea de la prehistoria; la paleontología ha sido largo tiempo negada porque no cabe en la Biblia; la lingüística, que no ha podido desarrollarse en los sesenta o setenta siglos transcurridos desde Adam, ha tenido que hacer esfuerzos extraordinarios para imponer sus conclusiones. A las más civilizadas naciones del Oriente, se ha negado la antigüedad de sus orígenes para reconocer la de un pueblo, cual es de Israel, cuya historia verdadera

(c q) He aquí la declaración que San Jerónimo hace después de apuntar algunos errores i omisiones de los Setenta: "Quoi donc? est-ce que je condamne les anciens? Non, je m'occupe après eux dans la maison du Seigneur. Les Septante ont fait leur version avant la naissance de Jésus-Christ, et ont exprimé d'une manière obscure et embarrassée des mystères dont ils n'avaient aucune connaissance. Mais moi qui écris après la Passion et la Résurrection du Sauveur, c'est plutôt une histoire que je fais que de prophéties que je traduis; car on raconte tout autrement ce qu'on a vu que ce qu'on ne sait que par oui-dire." SAN JERÓNIMO, *Oeuvres*, pag. 477.

SARPI, *Histoire du Concile de Trente*, t. I, liv. I, § LI, pag. 270.

MAIMBOURG, *Histoire du Lutheranisme*, t. I, liv. I, pag. 78.

apénas empieza en el siglo X o XI ántes de nuestra Era. I por último, se ha dado un rumbo falso a las investigaciones que los historiadores modernos i medioevales han hecho para averiguar la procedencia orijinaria de los diferentes pueblos. Tales han sido los efectos mas inmediatos que en la historia i aun en la ciencia ha surtido la inexcusable insistencia con que se ha prohibido estudiar, comprobar o impugnar la veracidad de las leyendas bíblicas.

Como si estos entorpecimientos puestos al desarrollo i a la libertad de las investigaciones no fuesen de suyo sobrado graves, al presente se hacen desesperados esfuerzos para arrancar a la ciencia declaraciones que certifiquen la veracidad de aquellas mismas leyendas cuya autenticidad se declaró en siglos pasados dogmáticamente i sin comprobacion alguna. Por ejemplo, tal es la obra a cuya realizacion ha consagrado sus vijilias el presbítero Vigouroux.

Empeñado en demostrar la veracidad de la Biblia a la luz de las investigaciones egiptológicas i asiriológicas, este ilustrado polemista ha probado que muchos acaecimientos de la época de la monarquía referidos en los *Libros de los Reyes* han sido plenamente verificados por las inscripciones de Egipto i Asiria; pero no ha podido comprobar de la misma manera los relatos anecdóticos del *Pentateuco* i del *Libro de los Jueces* porque en ellas no se ha encontrado hasta el día noticia alguna de los portentosos acontecimientos relatados en estas obras.

Ante el imperturbable silencio de la egiptología i de la asiriología, Vigouroux ha tenido que cambiar sus procedimientos comprobatorios al tratar de las mas antiguas i

mas sospechosas leyendas. Para demostrar la veracidad de la leyenda de José, prueba que las costumbres, que la administracion pública i que los usos particulares del Egipto estan pintados en la Biblia tales cuales realmente eran dos mil años ántes de Jesucristo. Que las leyendas de la conquista de Canaan son perfectamente históricas lo demuestra probando que quince siglos ántes de J. C., aquel país estaba dividido en reinos diminutos tal cual lo pinta el *Libro de Josué*. Por último, prueba que Ananías, Mizaél i Azarías fueron arrojados a un horno ardiente i salvados milagrosamente, demostrando que en los tiempos de Nabuchodonosor existian los funcionarios mencionados en el *Libro de Daniel* i era práctica legal echar en la hoguera a ciertos delincuentes (*cr*). En otros términos, con demostrar que son verosímiles las referencias al estado social, quiere que se tenga por probado que son verdaderos los relatos de los acaecimientos mas absurdos que sea dable imaginar.

Empeño vano. No era difícil probar la exactitud de tales referencias por cuanto, segun lo he demostrado mas arriba, ellas son de ordinario exactas aun en las tradiciones i leyendas falsas. Pero con demostrar que en el siglo VIII los guerreros iban vestidos i armados i las ciudades se fortificaban como las leyendas carlovinjias lo describen, no se prueba que a los ruegos de Carlomagno cayeran derrumbadas las murallas de Pamplona o que el sol

(c r) VIGOUROUX, *La Bible et les Découvertes modernes*, t. II, Première Partie, liv. III, chap. XI, pag. 198, et t. III, Deuxième Partie, liv. I, chap. I, pag. 5 et Quatrième Partie, liv. III, chap. VI, pag. 323.

quedara suspendido sobre Roncesvalle durante tres días.

Segun las mismas leyendas, aquel monarca emprendió una cruzada a Jerusalem; de regreso trajo consigo la corona de espinas, uno de los clavos i un trozo de la cruz de Jesucristo, i todo lo depositó piadosamente en la abadía de Saint Denis. Cuando siglos mas tarde San Luis trajo de Oriente las mismas reliquias, los monjes de Saint Denis las tacharon de falsas porque las auténticas las tenían ellos, donadas por el emperador. Pues bien, si algun arqueólogo las descubriera despues de dos mil años sepultadas bajo las ruinas de la abadía ¿podria exhibirlas en testimonio de la cruzada imaginaria de Carlomagno? (*c s*). Vigouroux no ha comprobado mejor las leyendas mosaicas.

(c s) GASTON PARIS, *Histoire poétique de Charlemagne*, liv. I, chap. III, pag. 55.

VALENTIN LETELIER.

(Continuará)

